LA VOZ OVAL

Narración Escénica de
Enrique Olmos de Ita

A veces escucho decir por ahí que Menotti es muy lírico. Si pretender que mi equipo juegue bien para ganar seguido es lirismo, entonces soy lírico. Pero no me gusta que mi equipo dé ventajas. Y entonces soy realista.

Número cuatro del decálogo de César Luis Menotti. Campeón del mundo como director técnico en 1978 con la selección de Argentina.

P R E F A C I O

Al respecto no se trata de contar una historia. Esa instancia pertenece a la novela, el cuento o el cómic. Aquí no existe la intención de perturbar a género alguno, quizá equiparar la pretensión escénica con la capacidad dramática que precisa de personajes y trasciende la evolución de un hecho creativo hasta la escena.

Lo poco o mucho que aquí se convida es la construcción de personajes que navegan en los mares de la narración dramática o cuento escénico, su barca es la palabra y su vela la imaginación del espacio vacío que llenan vocablos, expresión y voz actoral.

La voluntad y orden escénico pertenece por completo al oficio del director, no hay aquí señal que limite la expresión de los oficiantes ni determine sus modos de aparición. En cambio, la oferta literaria es meramente de este comentador quien suplica imaginación, y respeto por la capacidad del hecho escénico para decidirse a revelar con la palabra como instrumento principal.

P R E C E P T O

La pretensión es simple, darle al drama una estructura abierta, dialogación, narración y diversidad de cuadros escénicos: multiplicidad de celebrantes, cambios de voz, tiempo y lugares.

Redonda como un balón, la obra aspira al texto de uso mixto: puede leerse como una pieza dramática (susceptible de llevarse a escena); también como una visón enteramente propia que aspira a demostrar que el futbol y sus breñas son una manifestación social merecedora de las tablas, y finalmente puede hallarse un rompecabezas, en el que varios palíndromos se esconden; entre narración y personajes: se asoman apenas, y reflejan, además de la obsesión del autor por encontrar estas anómalas formas de vida lingüística, la convulsión de nuestra lengua que sucede más allá del sentido primario, es decir, la obra es un reto para el lector ocioso y el apasionado del idioma, hallar en los diálogos y comentarios que hacen la pieza las tres decenas de palíndromos que habitan entre personajes y situaciones.

Los cambios de persona, tonos y lenguaje corresponden al ejercicio imaginativo que presume la pieza en manos de una lectura atenta que perciba las permutaciones, y se disponga a evidenciarlas.

P E R S O N A J E S

Primera, segunda y tercera persona del singular entre incidentales.

La voz oval

Narración escénica de Enrique Olmos

1

Hombre negro, alto, atractivo, pene increíble. Cumplo fantasías. Excepto personas de la tercera edad. Esteban: No necesito explicaciones. Comprendo que así son las cosas y estoy dispuesto a olvidarte. No tienes que seguir llamado, ni dejes mensajes. No voy a contestar jamás. Firma: Arturo. Agradezco eternamente a la virgencita de Guadalupe la recuperación de la vista de Vicente, gracias a tu misericordia volverá a ver la luz del sol. ¿Acaso la virgen lee el periódico? ¿Un ángel se lo lleva todos los días a la puerta de su casa? Algo como el tedio me obliga a cerrar el diario. Los anuncios en el periódico son cada vez más raros. Avisos de ocasión que parecen mensajes en clave: quizá ocultan una profecía.

Estornudé una, dos, tres veces. Sentí con vergüenza su mirada y discretamente busqué un trozo de papel en los bolsillos. Mi madre me enseñó a desviar la vista ante lo obvio. Lo obvio son esas piernas, que podrían verse a kilómetros. No hay duda, en este tipo de hoteles hay mujeres así de elegantes, así de bonitas, así de piernas-largas-brillantes, seguramente tersas, seguramente bañadas todos los días en litros de crema humectante, perfumadas bajo la tela traslúcida de las medias.

Finjo mirar hacia el tablero de la administración. Luego las luces amarillentas de la entrada, me distrae su bobo parpadeo. Entran y salen los dependientes, sus uniformes de un color opaco: guinda desabrido. La sala de espera del hotel es pequeña y algo apagada. Veo mi maleta, me abochorna que sea vieja y prestada, ni siquiera tengo una valija propia; y desgastada en los bordes y de un color tan parco, un azul más bien gris. La escondo entre mis rodillas para que ella no la vea.

Me gustaría esconderme bajo el tapete, bajo el tapiz del lugar, atrás de los muebles. Que ella no me vea, que no vea nada de mí, que no vea mi cara con granos ni mi cuerpo escuálido; que se sienta sola en la pequeña sala de espera-sillones-oscuros-resbalosos.

Hojea revistas viejas y se inspecciona con aburrimiento los lunares y pecas de sus desnudos brazos. Mientras conserve esta vista, mi padre puede tardarse semanas enteras.

Media hora y no baja; media hora de estar frente a ella. Es joven, aunque quiere parecer mayor. Le hace falta ese aire de grandeza de las mujeres elegantes. Ella se ve más bien fresca, bien vestida pero sin aparentar una falsa finura.

Dos tipos se acercan. La observan con el pretexto de repasar las revistas de la mesa, llevan un chaleco que los delata: camarógrafos o reporteros. Cuando hay gente de la televisión significa que algo importante ocurre, o suponen que ocurre, y entonces todo se demorará más. Quizá lo entrevisten, tal vez hagan un enlace en vivo con un noticiero, o un programa especializado. Me pidió puntualidad, quizá ni siquiera se acuerda de que hoy nos veríamos, seguro lo olvidó, tal vez no entendí bien la instrucción y tomé un vuelo que no me correspondía, llegué antes o después, el taxista dijo que éste era el hotel...

De las fauces del elevador aparece una parvada de personas en el metro cuadrado de la jaula de hierro. Se abre la puerta entre carcajadas, trajes azul marino y zapatos brillantes. Desde acá veo a papá, en medio de todos, repartiendo saludos. Aduladores, asistentes, periodistas. Toca todas las manos disponibles y finalmente se acerca. Y ella se levanta.

De pie; hacia él. Lo toca. Un beso. No, no es un beso, no es, es algo más: dos bocas se manipulan: se manosean, se acarician. Y él, y su mano derecha en su cintura. Él. Mi padre. No otro, él.

—¡Aquí andás, bobo!

—Hola.

—¿Qué tal el vuelo?

—Bien...

—¿Por qué no subís? Te estaba esperando.

—No sabía...

Me hace un ademán para que me acerque. La sigue abrazando, la envuelve con sus manos; y ella me mira, por primera vez me mira, no soy una revista, ni me hojea, ni soy el tapiz, ni el tapete. Soy el hijo, el hijo de la boca que tocó.

—Quiero que conozcas a alguien. Pibe, ella es Cynthia...

¡Ella es Cynthia! La nueva novia de papá.

2

Cámara apunta arriba, a la nada, mirando el hastío de la techumbre, sus tapias desteñidas, las luces que rebotan en cristales y espejos. Enseguida Cámara recibe un jalón de su operador y enciende. Le parpadea una lucecita roja, al costado. Cámara deja el tripié y pasa al hombro del camarógrafo, tarda unos segundos en conseguir estabilidad: su objetivo está en el centro del recuadro pero la luz es insuficiente.

Cámara se mueve lentamente a su derecha y obliga a su objetivo a retroceder, hasta que consigue el ángulo correcto. Cámara va directo hacia el rostro del entrevistador. Su cabello congelado en gel, la corbata en su sitio, micrófono en mano.

—Agradecemos al señor Néstor Rossi que nos haya concedido esta entrevista en vivo para SoccerMax.

—A sus órdenes.

Cámara se detiene en el rostro, de perfil, del director técnico del equipo. Ataviado con un elegante traje, y aunque Cámara no tiene sentido del olfato, apostaría a que Rossi acaba de regarse

una dosis suficiente de colonia. Antes de salir a cuadro, usó el peine que lleva siempre en el bolsillo trasero del pantalón para llevar hacia atrás sus cabellos, recién mojados.

—Señor, ya llegamos a la mitad del torneo y su equipo encabeza la tabla por puntos, los goles a favor, la mejor defensiva. El líder de goleo. ¿A qué se deben los sorprendentes resultados?

—Creo que el equipo ha trabajado bien. Hemos tenido una buena pretemporada y la concentración de todos los jugadores, además del excelente juego de conjunto, estamos arriba porque el equipo está muy unido... ha trabajado duro...

—Señor Rossi, a pesar de los pronósticos su equipo tiene un torneo excelente. ¿Cree qué seguirán así?

Cámara se deja caer definitivamente en el hombro de su operador y continúa registrando la respuesta.

—No sé. En realidad ha sido un poco sorpresivo también para nosotros, ir tan bien, con todo a favor. Aunque yo confío en los chicos y el buen juego de conjunto. Como te repito, creo que el equipo ha trabajado bien.

—Néstor Rossi es un técnico que quiere ganar, le hace falta un título. ¿Cree que este año pueda por fin salir campeón y con este equipo?

—Yo creo que hay que ir con calma, partido a partido. Yo no tengo prisa, hay que ver cómo se dan las cosas. Lo cierto es que hemos hecho un buen torneo hasta ahora y hay que seguir trabajando. El grupo está consciente que todavía no ganamos nada, vos sabés que esto es así, a veces arriba, a veces abajo...

—Desde luego, señor Rossi. Al respecto, ¿qué opina de su próximo rival, un equipo de cuidado, no?

—Le tenemos mucho respeto, es un equipo que juega bien, que sabe marcar, y nosotros vamos a ir por los tres puntos, sabemos que será un partido complicado, muy cerrado, muy difícil,

como vos decís, es un equipo de cuidado, pero estoy seguro de que si salimos bien concentrados podemos dar un gran partido. Veamos qué dice el fútbol...

Cámara se aburre. Ha escuchado este tipo de declaraciones desde que tiene memoria visual y sonora. Bien podrían repetirlas una y otra vez, sólo cambiar el rostro del entrevistado, congelar la imagen y reproducir el audio. Así se ahorrarían el sueldo del reportero y del camarógrafo, piensa Cámara. Tal vez así estaría en otro lugar, más interesante, en la calle por ejemplo.

—Finalmente, un mensaje que quiera darle a la afición...

—Sólo decirles que vamos a salir a dar todo y ojalá sea un lindo juego. El equipo está concentrado y hay que seguir trabajando para poder salir campeones este año. Un saludo y nos vemos en el estadio...

—Esto fue todo desde el hotel de concentración del equipo Malteses del Pachuca, que se reportan listos para encarar mañana el siguiente compromiso del torneo. Aquí no hay lesionados, ni se reportan bajas. Es todo. Regresamos al estudio, buenas noches...

Cámara recibe la instrucción de terminar el tedioso trabajo y la pequeña lucecita roja del costado deja de parpadear. En un veloz movimiento de vuelta a su andamio, Cámara no puede evitar mirar a la joven que sonríe sentada en el negro y largo sofá del lobby. Su rostro es alegre y su figura se adivina impecable. La juventud, piensa Cámara, debería ser ocupación de científicos y eruditos, cómo preservarla, hacerla perdurable. Muy cerca de la dama un jovenzuelo –quizá su hermano– cabizbajo mira sus zapatos o la alfombra.

Cámara se cierra con la imagen de la niña, la señorita que espera a Rossi. ¿Su hija? ¿Su sobrina? ¿Su amante? Cámara no puede responderse porque le impiden seguir mirando la escena. Camarógrafo lo lleva hasta su estuche, lo encierra para no ver la luz hasta el día que sigue.

3

—¿No te aburren esas entrevistas?

Preguntó Cynthia mientras mordía una tostada.

—Un poco, a veces.

Cenaban en una mesa apartada de un pequeño restaurante de comida mexicana. Se escuchaba al fondo una cumbia o salsa o música del trópico.

—Me hacía falta comer algo de verdad. Lo que preparan en el hotel es horrible...

—No seas tan quejoso...

Cynthia le besó velozmente la mejilla.

—Ya viste, Gabriel… Vos vas a vivir en el hotel mientras estés conmigo, excepto cuando el equipo sale a jugar fuera, entonces nos vamos juntos. ¿Te gusta? ¿Entendés que hay que portarse bien?

—Sí, ya sé.

—Seguro te vas a llevar bien con Cynthia. Es muy entusiasta y además joven, se entenderán cuando yo ande en lo mío...

—¿Cuántos años tienes tú, Gabriel?

—Voy a cumplir quince, en dos meses...

—Entonces tenés catorce, amonestó el padre.

—Bueno, catorce. ¿Y tú?

—Yo tengo veintidós...

—Gabriel... ¿Que no te enseñó tu madre que a una mujer no se le pregunta la edad?

Dijo Néstor Rossi, director técnico del equipo Malteses de Pachuca, mientras uno de los comensales, amenazante se acercaba, hacia él.

—Perdón, señor, perdón que lo interrumpa...

—Dígame.

Su gesto y voz fue cortante, como si ya supiera lo que el hombre estaba a punto de decirle.

—Primero que nada, buenas noches, buenas noches, joven, señorita. Y extendió la mano a Cynthia y a Gabriel, que debieron limpiarse repentinamente en el mantel antes de saludar. Perdón que los interrumpa, pero ya me voy, vengo con mi familia...

—Ajá,

Respondió Néstor mientras se limpiaba los restos de cebolla y rábano con el dorso de la mano.

—¿Me puede dar un autógrafo? digo si no es mucha molestia. Por favor, para mi hijo. Él no se atrevió a venir... Lo vimos desde que llegó...

—Sí, sólo que no tengo pluma...

El hombre pidió prolijamente al grupo de meseros un bolígrafo. Tres ofrecieron el suyo.

—¿Cómo se llama el nene?

—Brallan.

—De acuerdo... ¿Así se escribe?

—No, así no, con i griega, y sin la primera a. Bryan.

—Bueno, voy a tener que usar otra servilleta.

Néstor Rossi terminó de escribir su apellido en la dedicatoria y dejó el papel en la mesa al mismo tiempo que el hombre se despedía respetuosamente de Cynthia y Gabriel, quienes dejaron de comer mientras se efectuaba la operación.

La cena trascurrió tranquila, sólo tres autógrafos más y cinco fotografías. Repentinamente, el dueño del lugar llegó y los eximió de la cuenta, no sin antes fotografiarse con el director técnico y pedirle, además, que escribiera un mensaje en el espejo del mostrador, *para mis amigos del Aguacate Loco, su servidor y amigo Néstor Rossi.* El plumón azul rechinó y a Cynthia se le erizó la piel de los brazos.

Es de noche y la ciudad parpadea. El frío, el viento de Pachuca obliga a usar abrigos y gabanes aun en verano, Gabriel, que vivía en el Occidente, sintió por vez primera las caricias frías de la *Bella Airosa*.

4

Cynthia y su pelo. Se echa hacia atrás y sacude la cabeza. Su cabello al aire, viento en contra. Su pelo pelo pelo vuela vuela vuela, aunque suene a canción. Se desparrama como árbol o nube. Su pelo-nube-árbol ocupa toda la cabina de la camioneta.

Yo voy atrás. Ellos hablan, se sonríen, en realidad ella le sonríe a papá y apenas se escucha lo que dicen entre los comentarios del locutor de noticias. Alguna respuesta motiva a Cynthia para que vaya al hombro de mi padre y luego le aprisione el lóbulo de la oreja con sus clarísimos dientes fieros.

Supongo que se sienten responsables de mí. No de mí, jamás de mí, de mi presencia, que es algo ajeno a mí. Se sienten responsables de que alguien los observe, y entonces me hacen preguntas tontas, para salir del paso. El clima, la música de hoy, las noticias recientes... en fin, nada, palabras que se rompen, que no son nada, minutos perdidos, saliva malgastada.

Silencio y nada, la ventanilla abierta, el ruido del motor y de los otros vehículos. Sonidos y colores y gente de ciudad a medio día. Lentitud y tedio y viento, siempre el viento. Cynthia, aprovechando el rojo del semáforo, me mira. Voltea a verme. Sin más me descubre y sonríe abiertamente. A mí, me sonríe a mí. Por decencia, cortesía u ocio, nada más: sus labios y abajo-dientes-roedores.

Me sonrío pero sé que jamás va a tocarme, jamás va a morderme la oreja como a papá. Sé que le doy asco, cómo me va a acariciar si le doy asco, si soy un grano, un grano repugnante. Eso es lo que soy: grano, pústula, forúnculo, costra, acné que camina y a veces habla.

Ya pasó, fue un momento. Un momento-instante. Pero vuelve, otra vez hacia mí; no se conformó una vez, y ahora me toca. Poco; apenas con las puntas de los dedos, o las puntas de sus uñas, las-puntas-de-Cynthia, en mi rodilla. Y sin embargo me toca, un segundo, un milímetro. Me está tocando.

—Oye, qué se te antoja comer...

—No sé, lo que sea.

—No, lo que sea no. ¿Qué se te antoja? Parece que nos quedaremos solos...

¿Solos? Es cruel. ¿Se compadece? Me lastima para apiadarse. Sus dedos abandonaron rápido mis rodillas y siento que sin ellos no tengo pierna, no tengo hueso, no tengo tórax ni piel. Nada. Si no tengo piel, tampoco debo tener granos.

—Contestá, dile a Cynthia qué querés comer...

—Carne...

—Bien, carne. Yo me voy a tener que ir a la práctica, no quiero llegar tarde. Los dejo en el restaurante uruguayo y tomo un taxi. ¿De acuerdo?

La pregunta era para mí o para ella. Yo estaba de acuerdo, o no, pero no importaba.

—La tratás bien... Te la encargo, pibe...

Todo sucedió como él dijo. Antes de irse me pide que sea amable con ella y me acomoda el cuello de la camisa. Le deja las llaves. Las llaves de su camioneta nueva, aún sin placas, roja colorada como mi papá dice. Me gustaría manejarla, me gustaría saber usarla, y llevarla a toda velocidad en un día con lluvia. Y llevar a Cynthia en el asiento de junto. Y me gustaría conversar cualquier cosa con ella, el clima, las noticias recientes, y la música de hoy. Luego de algunas sonrisas ella me inyectaría sus dientes en mi orejita, en mi pequeño lóbulo, y después sus manos irían a mi rodilla y luego a toda la pierna, las dos piernas, sus manos que suben y bajan, entran, salen de la ropa...

—Despierta... ¿Qué tanto piensas? ¿Ya decidiste qué vas a querer comer? ¿Insistes con la carne? ¿Un filete? ¿Costilla?

—Sí, está bien.

—¡Qué bueno que pudiste venir, Gabriel! Tenía muchas ganas de conocerte.

—Sí, gracias.

—No, de verdad. Me hacía falta compañía. Qué bueno que estás aquí. A veces me siento sola, con todo lo que tiene que hacer tu papá...

Si yo fuera él no la dejaría sola ni un momento. Pero no soy él, aunque quiera no soy él. No puedo jugar, nunca pude. Le pegaba a la pelota peor que las niñas de la escuela. Y tan flaco, el balón tiene más fuerza que yo. Y con estos lentes, los cuatrojos no podemos jugar bien, ni siquiera vemos con claridad la bola. Y mi asma.

—Vas a ver que nos llevamos muy bien...

Y sucede. Me toca otra vez, ahora de frente. Mi cara y la suya. Tus ojos enormes, color miel, y los míos, cafés-común-y-corriente. Me toca con sus manos, con sus dos manos, encima de la mesa. De frente.

Tu piel ruborizada, resplandeciente, limpia, y mis granos por todos lados. Tu cabello selva-árbol-nube-melena-rubia que se desparrama y mi pelo con caspa y raya-en-medio. Me aprieta los dedos en un movimiento que me deja indeciso. Su mano con la mía, su otra mano, también con la mía, velozmente. Pone por un segundo sus puntas, sus delicadas uñas rojizas en las mías, comidas y pálidas. De inmediato bajo la mirada, torpemente asiento con la cabeza. Ella desliza con lentitud sus dedos, sus manos, sus brazos y por último sonríe antes de que el mesero se acerque a pedir la orden. Suspiro, miro a la calle; escucho la voz aguda del camarero, digo que sí a todo.

La carne: un poco dura, y las papas a la francesa, todavía algo congeladas. Por momentos, cuando el silencio era tan desagradable que tenía que toser o suspirar para escuchar algo más que

nada, en uno de esos intervalos en que nadie parecía tener qué decir, Cynthia preguntó, sin cuidados:

—¿Tienes novia?

La interrogación, ¿qué significaba? ¿Por qué inquirir eso? ¿Con qué objeto?

—No, nada.

Respondí con firmeza. Me sorprendió el tono de mi respuesta, como si le dijera entre líneas que estaba disponible. Tal vez Cynthia tiene una hermana de mi edad que está por venir, quizá unos años mayor, coincidentemente soltera, igualmente bella, quizá más. No, no se puede más...

—Deberías tener. Te quitaría muchos de los granos que tienes... O por lo menos eso dicen, ya sabes.

Sí. Ya sé. Y se burlaba. Me condolía. Me gritaba en la cara feo y con grasa en la cara. Me estruja en sus uñas-color-de-rojo. Me deja caer, me rompe, me fractura.

—Cuando yo tenía tu edad, tenía mucho acné. Es normal, algunos más, otros no tanto, pero todos pasamos por ahí. Hubo una época en que me sentía muy mal por eso. ¿Y sabes qué hice?

Desde luego no iba a contestar. Seguiría comiendo, tal vez la escucharía entre cada bocado, si algo de su voz se filtra, pero no me detendría más, de ningún modo me ocuparía de sus agresiones.

—Me conseguí un novio. Y casi desaparecieron...

—Ajá.

¿Cómo evaluar eso? ¿Qué me quiere decir? ¿Por qué me habla de su novio a los catorce años si hoy es la novia de papá?

—Aunque seguro que es pura coincidencia. A mí todavía me salen, de repente, a veces en el cuello, o en los brazos. Y mira, ya estoy bastante crecidita...

Cuando dijo crecidita sonrió para sí misma. Sus ojos bailaron un instante, frente a mí. Luego se lanzó a preguntar.

—¿Tú qué crees, que me veo muy vieja? ¿Me veo de veintidós o más grande?

—Te ves bien. Normal.

Dije eso mientras Cynthia recargaba sus brazos en la mesa y dejaba caer sus senos frente a mí, dejándome ver el milímetro de gravedad que los separaba.

—A veces me siento como más grande, como si quisiera ser una señora. Pero también me da por sentirme una muchacha, en fin...

En fin, eso dije también. Y sus senos-pechos-bustos-pezones seguían ahí, recargados en la madera lisa. Formidables, temibles, hermosísimos, como perfecta fruta. Dulce melón, toronja enorme y dulcísima.

—Como sea, la vida se vive una vez y yo prefiero vivirla como una mujer, ya fui bastante tiempo niña, ¿no?

Cynthia es más joven de lo que ella misma piensa. Sólo me lleva siete años, bueno, siete años y dos meses. En dos meses cumplo quince. Me doy cuenta al salir del restaurante que Cynthia no puede pasar por mi madre. En realidad es mi hermana mayor, Cynthia es mi hermana, no la novia de papá, no ella, mi hermana de veintidós años.

5

La camioneta, casi única en el estacionamiento del estadio, a pocos metros de la puerta de entrada a los vestidores. Hacía mucho que Néstor no manejaba, se había acostumbrado a usar el autobús del equipo o a pedir un chofer. Apoyó la frente entre ambos brazos, sobre el volante, y quiso sonreír, aunque más bien parecía que se preparaba para enfrentar un peligro. Algo musitó pero ni Cynthia ni Gabriel entendieron. Se echó hacia atrás y dijo, cortante:

—No queda de otra.

Cynthia trató de hacerle una caricia en la mejilla pero Néstor no dio tiempo, desabrochando con evidente malhumor el cinturón de seguridad. Entonces Cynthia le bostezó en la cara de un modo casi desafiante.

Bajaron, delante de la camioneta el ómnibus del equipo, el escudo rodeado de logotipos, marcas de patrocinadores. Apenas descendieron, la servidumbre del estadio los asedió inútilmente, sólo habría que señalar la puerta de entrada. Cynthia y Néstor se tomaron de la mano, atrás Gabriel que perdió tiempo amarrándose las agujetas.

Aunque faltaban dos horas para el comienzo del juego, ya había seguidores vestidos de azul y blanco, los colores del club; algunos, con la cara pintada, hacían sonar su matraca o gritaban porras, la mayoría, eran niños y adolescentes buscando una firma, una fotografía, el tibio abrazo de sus ídolos.

Siempre, antes de iniciar un partido, los involucrados se reunían en la explanada de los vestuarios, desde jugadores hasta limpiabotas, para hacer la oración, elevar una plegaria, pedirle a Dios, implorar: *que ganemos los tres puntos, no hayan lesionados y el equipo reciba la ovación del público. Amén*.

Ahí los esperaba el licenciado Sánchez, y asistentes y directivos menores, con los jugadores ya en ropa deportiva, mascando chicle, haciendo ejercicios de calentamiento.

—Néstor... Por fin llegan...

—¡Por fin! Me retrasé por mil cosas, hacía mucho que no manejaba... Por cierto, licenciado, quiero presentarle a alguien: él es mi hijo Gabriel.

Gabriel estiró la mano. Al tiempo que en la lejanía algunos aficionados elevaban tempranamente sus cánticos. *Vamos, vamos Pachuca, que esta tarde, tenemos que ganar. Que esta tarde tenemos que ganar...*

—¿Cuántos años tienes, Gabriel?

—Voy a cumplir quince, en dos meses...

—Entonces tenés catorce. Lo amonestó el padre.

La plegaria se llevó a cabo con los involucrados tomados de las manos, algunos mirando al cielo, otros con los ojos cerrados y unos cuantos con la mirada perdida en la nada.

Después del rezo, cada quién se ocupó de lo suyo.

—¿Traes a tu hijo por cábala?

Preguntó el licenciado Sánchez, dueño del equipo.

—No, no es eso. Su madre enfermó y él está de vacaciones, así que me tocó hacerme cargo.

—Qué bueno. ¿Y también quieres ser futbolista, Gabriel, como tu papi? ¿Y luego entrenador? Ya tienes el apellido Rossi...

—No creo...

—No le gusta el fútbol –Interrumpió Néstor–. Además es asmático. No puede, no pudo...

—Qué lástima. Pero así es. ¿Y si no te gusta el futbol entonces qué te gusta Gabriel?

—Pues no mucho.

—Vamos, no seas tímido, algo que te agrade.

—Pues... hacer palíndromos.

La zona se quedó en fugaz silencio. Incluso Sánchez interrumpió su bocanada de humo, levantó una ceja, sin saber qué decir. Silencio incomodo, mutismo de segundos.

—Ah, pues qué bueno, qué bueno... –Sentenció el dueño del club, para luego buscar dónde tirar las cenizas de su cigarro.

De inmediato, Néstor Rossi fue a cumplir con su trabajo y se internó en la embocadura de los vestidores. Cuerpo técnico y jugadores iban tras él, obedientes. Cynthia y Gabriel fueron llevados hasta uno de los suntuosos palcos de Sánchez. Ahí se bebía vino y los bocadillos eran frutas secas y animales de mar, entre salsas y féculas difíciles de distinguir. Un atento mesero le ofreció a Gabriel un refresco y Cynthia pidió cerveza, que no había, se tuvo que conformar con unos tragos de vino

blanco. Dos televisiones, una de cada lado y una mesa para jugar billar al medio tiempo. Alfombra azul marino y ese olor a nuevo.

Desde el palco de Sánchez se observa el estadio entero, miles de personas rendidas ante el juego de la pelota. Paulatinamente las graderías se fueron poblando y los grupos de animación alzaban consignas a favor de su equipo. *Yo sí le voy, le voy al Pachuca.¡ Hasta la muerte, soy un maltés hasta la muerte, hasta la muerte, un maltés hasta la muerte! ¡Vamos malteses, queremos la Copa, la banda está loca y yo quiero verte campeón!*

Antes de comenzar el juego, mientras Gabriel observaba con cierto fastidio una anticipada pelea en las tribunas, Cynthia le preguntó:

—¿Y qué es eso que le dijiste a Sánchez? ¿Los pa-lin-dro-mos?

Gabriel ya esperaba la consulta, de seguro lo había hecho con toda la intención, para luego recibir la curiosidad de Cynthia. Contestó como si se lo hubieran preguntado cien veces antes:

—Pues son palabras. Palabras que dicen lo mismo de adelante para atrás que de atrás para adelante.

—¿Cómo? – Respondió Cynthia.

—Por ejemplo: Oso. ¿Te das cuenta? Si lo lees de un lado o del otro, dice lo mismo: o-s-o.

—Ah. Sí, ya veo. A ver dime otro...

Gabriel suspiró. Como si se tratara de algo que le quitaba demasiado tiempo. Sacó de su bolso trasero un pequeño cuadernillo, forrado con papel azul marino y una desgastada capa de plástico.

—Aquí hay algunos, es una libreta de notas. Gabriel sintió que estaba revelando un secreto, entregando las escrituras de su vida, pero guardó la calma e indicó a la dama las páginas de consulta.

Cynthia leyó en voz alta.

—Yo hago yoga hoy. Y-o-h-a-g-o-y-o-g-a-h-o-y.

—Ése lo encontré en una revista.

—... Anita, la gorda lagartona, no traga la droga latina... Continúo Cynthia.

—Ése es bueno.

—¿Es raro dorarse? Algunos no tienen mucho sentido...

—Algunos. Es cierto, pero no importa tanto el sentido, sino que sean palíndromos, que se escuchen igual...

—Ya veo.

—Creí que no le entenderías a mi letra.

Gabriel extendió su mano para pedir el cuadernillo.

—No tienes letra tan fea...

—En este cuaderno apunto todo lo que se me viene a la mente. A veces hay cosas importantes que si las dejas pasar te arrepientes toda la vida.

Cynthia no pudo evitar sonreír al escuchar lo que cándidamente Gabriel decía, y le preguntó:

—¿Entonces es un diario?

—Claro que no. Es un cuaderno de notas, para poner las palabras, las frases que se me van ocurriendo. Algún día voy a hacer un diccionario de palíndromos...

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque no hay, no hay un diccionario de palíndromos. Nadie lo ha hecho. También empecé un registro de palabras con cinco vocales. Podría hacer también un diccionario; de "palabras que usen las cinco vocales". Al decirlo, Gabriel le mostró a Cynthia las páginas donde su investigación daba frutos: funerario, ecuación, auténtico, fecundación y adulterio...

—Parece que esto te gusta mucho, ¿no?... Yo nunca fui muy buena para el estudio, apenas terminé la prepa. Es muy curioso que escribas esto; seguro eres de los mejores en la escuela.

Gabriel asintió casi con vergüenza al tiempo que los Malteses de Pachuca saltaban a la cancha. Se escucharon detonaciones que esparcieron el olor a pólvora y enormes luces de bengala.

El alborotador del sonido local dejó embarrada parte de su garganta en el micrófono y la multitud aplaudió mientras los jugadores de casa, en el centro del campo, levantaban las manos en señal de reverencia. *Yo sí le voy, le voy al Pachuca. Yo sí le voy, le voy al Pachuca…*

Los Malteses iniciaron con un juego ofensivo, el balón por las bandas, cambios de juego y veloces contraataques. En realidad, nadie diría que fue un partido complicado. Y para el equipo de azul y blanco el resultado fue justo.

La crónica al día siguiente en el diario local diría puntualmente:

Otra victoria de los Malteses.

En encuentro celebrado el día de ayer, ante un pletórico estadio, el equipo de Pachuca se impuso nuevamente ante su rival, consiguiendo su quinta victoria consecutiva en casa. En esta ocasión el marcador, de tres goles contra uno, refleja con precisión lo que sucedió en la cancha. Lo goles de los Malteses fueron al minuto 23', 45' y 70'; descontó el equipo rival al 85'.

La gran temporada de los Malteses hace soñar a sus aficionados con el título. Al respecto, ya finalizado el cotejo, el director técnico de la escuadra, el argentino Néstor Rossi, destacó la "gran capacidad del equipo para salir jugando con la pelota y la eficiente marcación defensiva".

6

Todo perfecto. Tres a uno y racha admirable para un equipo de bajo perfil.

Néstor Rossi piensa que es un signo evidente de que algo malo ocurrirá. Siempre supo que el futbol, como la vida, era una mierda y el simple hecho de que las cosas fingieran marchar de maravilla era motivo suficiente para desconfiar. Por eso mismo se mantenía en el futbol; de la mediocridad se podía vivir sin aprietos: mantener al equipo lejos del descenso y apurar algunos buenos partidos era todo lo que él se sentía obligado a conseguir en un año. Su contrato no especificaba proezas. Jamás había lidiado con una racha tan buena, con un equipo tan eficaz.

Y no sólo ahí. Todo marchaba bien fuera de la cancha. Por primera vez tendría unos días para pasar tiempo suficiente con su hijo, “que vea a su padre triunfar”, pensó. Luego se arrepintió de tener esa clase de ideas, tan convencionales.

Todo parecía perfecto, puesto que desde hacía casi dos meses había otra. No sólo se las arreglaba para seguir con Cynthia, “casi una niña, una niña linda y boba”, además tenía tratos con una abogada, Cristina. Exitosa y divorciada, pelirroja artificial, de enormes senos y dentadura perfecta.

Fue hasta el desayuno del día siguiente que comenzó a sentirse extraño. Había fornicado salvajemente con Cynthia, quien sonreía aparentemente feliz mientras le servía jugo de uva y cerraba el ojo cómplice. Le contaba sobre Gabriel y sus extraños juegos de palabras. Gabriel, por su parte, se mostraba interesado en el oficio de su padre. Nunca antes había asistido a un partido en el estadio, “y menos desde un palco”, dijo él mismo. “Es mucho más emocionante que en la tele”, concluyó, y Néstor sintió una amenazante ráfaga de admiración que quiso evitar ignorando al chico. Y finalmente recibió en el celular una llamada: era Cristina que lo invitaba a verse en un hotel de las afueras, “al filo de las seis”. Justo la hora perfecta entre la cena y el receso de la práctica. Las dos mujeres estaban felices; su hijo parecía procurarle un poco de respeto después de años de abandono, no había reclamos ni heridas que ameritaran horas de psiquiatra, nada. El equipo en los primeros lugares, el estadio lleno, Sánchez gozando los triunfos, la televisión tras su cara...

Esa supuesta bondad lo tenía nervioso. Se sentía en la dispersa serenidad del ojo del huracán, como si algo terrible estuviera a punto de ocurrir.

—Nada queda después del triunfo. La derrota se lo lleva todo.

Le dijo a su auxiliar técnico, al iniciar el entrenamiento, quién sólo contestó:

—Estás trastornado. A veces las cosas tienen que salir bien.

Néstor Rossi negó con la cabeza. Pensó, a propósito de su asistente, que el triunfador se rodea de derrotados para que su resplandor sea mayor. Se apartó del subordinado para ordenar una sesión de práctica de tiros de esquina.

7

Excesivo vestuario. Mucha, demasiada ropa. ¿Para qué tanta ropa? Extraes de tu maleta camisas, calzoncillos, calcetas, pantalones. ¿Para qué carajos traes una corbata? Jamás has usado una ¿Y el cinturón? No lo necesitas, los pantalones te ajustan. ¿Y cómo es que doblas los pantalones así? No, así no, te equivocas, lo haces mal y sin ganas, necesitas a tu madre, que no está aquí ni estará. Más vale que te acostumbres.

Aburrido. La puerta de tu habitación queda entreabierta. Adivinas a algunos jugadores caminando entre pasillos con las manos en las bolsas, hablando de nada. ¿De qué hablará un jugador de futbol?, te preguntas.

Néstor, tu padre, él, Néstor Rossi, el mejor director técnico de la temporada, entra a tu habitación sin hacerse oír. Te ve tratando de ordenar telas y trapos. Indudablemente tampoco sirve para eso, ningún hombre que se respete sirve para eso, piensas. Aunque te trata de ayudar dice: “Hace falta una mujer para esto, siempre es necesaria una mujer”.

Y entonces te extiende un montón de revistas, que lleva bajo el brazo. A propósito. En la portada una mujer desnuda sonríe a nadie.

—Están conchudas, che... Lindísimas, minas perfectas. Tenés que conocerlas, empezá por el papel...

—Gracias.

—De nada, de nada. ¿Y qué tal, Gabriel, te gusta tu habitación?

Notas los dedos de tu padre sobre tu hombro y sientes su mano más posesiva que cariñosa.

—Sí, me gusta.

Suelta tu hombro para despeinar, en una torpe caricia, tus cabellos ajados. Te frunces un poco y das un paso hacia atrás. Miras a tu padre como el pájaro al gato que sabe que lo devorará. Él no quiere asustarte y se nota perturbado. Va hacia la ventana y pregunta:

—Dice Cynthia que te gustó el juego...

—Sí, mucho.

Después tu padre prefiere sentarse en la cama, lo cual indica que querrá seguir conversando. Aparta las playeras, se echa hacia atrás y recostado te dice.

—¿Y cómo está tu mamá?

—Creo que no ha mejorado mucho.

—Caray. ¿Seguí con los abuelos?

—Sí, creo que sí, o en el hospital, no sé.

—El cáncer es terrible. Verás que se pone mejor, por lo pronto acá Cynthia y yo te atendemos... ¿Estás bien?

—Sí.

Suspira tu padre. En un intento por cambiar el tema, por interesarse en algo tuyo, en recordar algo más que tu nombre, hace una pregunta que jamás imaginaste.

—¿Palíndromos?

—Sí.

—Y qué cosa es eso... Dice Cynthia que tiene que ver con un oso – la pregunta de tu padre se ahoga en un bostezo. Te mira a través del espejo arriba de la cómoda.

—Ah, pues sí... Es una palabra que dice lo mismo de atrás que para adelante...

Ya tienes la atención completa. Lo que has dicho le suena a disparate pero consigues su mirada, el segundo, el medio minuto que tu padre te concede para que digas algo sorprendente.

—¿Cómo?

Pregunta tu papá, con la mirada ya en ti y no en el espejo.

—Es una cuestión de palabras. Me gusta encontrar palabras o frases, éstas dicen lo mismo si las lees de un lado o del otro.

Tu padre te mira con desconfianza, espera un ejemplo de tu "admirable" oficio.

—S-e-r-e-s.

—A ver: s-e-r-e-s, s-e-r-e-s. Tenés razón, es lo mismo. ¿Y para qué lo hacés?

—Quiero escribir diccionarios. Siempre traigo uno, a todos lados, siempre llevo uno. Los colecciono. Y me gustaría, cuando sea grande, escribir diccionarios de todo, de todo lo que se pueda. Ahora estoy con los palíndromos, después serán palabras con cinco vocales y así...

—Así que eso querés ser cuando grande, qué cosas tan raras...

Evidentemente lo que has dicho no le causó muy buena impresión a tu padre, que abre la boca en un bostezo inmenso. Y después mira el armario abierto, con tus pantalones prendidos de un gancho chueco. Se incorpora.

—¿Querés que le diga a Cynthia que te venga a ayudar con tus ropitas? Los pantalones, especialmente, deben tener la línea en medio o se te joden. Yo por eso uso pants, que están jodidos desde siempre.

—Como quieras...

—¿Te gusta Cynthia, no?

—Sí, sí, claro que me gusta.

La pregunta te tomó por sorpresa, y tu respuesta sonó hueca, de pura obligación. Pero él insistió:

—¿Más que las otras? ¿Te gusta más?

¿Conociste a las otras? A algunas, dos o tres, apenas unos días, llegaban por sorpresa en tu cumpleaños o te invitaban de fin de semana a la ciudad, pero por qué te preguntaba eso, qué significaba, qué quería decirte.

—¿Qué? – respondes torpemente.

—¿Más que las anteriores?

Te limitas a asentir con la cabeza, y escondes tu ropa sucia en la vieja maleta prestada. Evitas mirarlo a los ojos. Él lo nota.

—Las otras tenían lo suyo, ¿no? Nina, Margarita, Nancy... Claro, Cynthia es distinta, ¿no?

—Sí, papá.

—De acuerdo. Entonces te gusta más que las anteriores...

—Ajá.

—A mí también. Bueno, esconde las revistas que ya te traigo a Cynthia para que te ayude a colgar tus cosas. Estoy muerto; muy cansado. ¡Buenas noches!

Se va satisfecho, tal vez pensando que su trabajo de padre es excelente, como su trabajo con el equipo. Debe ser un tipo feliz, piensas. Y te deja en un aprieto su oferta. ¿Tirar todo al piso para que Cynthia te ayude a colgar? Que se quede horas acomodando tu ropa, como lo haría tu mamá. O podrías apurarte y tratar de doblar y adecuar los pantalones y camisas y playeras en los ganchos y cajones. Que Cynthia vea que eres un adulto, que no necesitas ayuda con “tu ropita”, pues eso es sólo la preocupación de tu padre. ¿Qué prefieres?

Y antes de elegir decides bien y escondes tu ropa interior bajo la almohada, también las revistas están ahí. Dejas el cuaderno de los palíndromos abierto en una hoja en blanco, sobre la cómoda, encima un lapicero, que ella vea que estás trabajando, que no eres un adolescente cualquiera, no, eres un escritor, un escritor de palíndromos, de palabras que ni los escritores usan, eres un tipo diferente, un chico bueno, casi un adulto, un escritor, a las mujeres les atraen los escritores, piensas. Eres grande, Gabriel, te ves grande en el espejo a pesar de tus costras y espinillas, eres grande y fuerte, a pesar de flaco y algo jorobado, qué importa que se te noten los huesos, es porque estás creciendo. Eres grande, te digo, tu madre muriendo y tú acá, con tu papá, que es casi un amigo, tu camarada, comparten revistas para hombres, y por qué no, también

mujeres, también comparten a sus mujeres, comparten a Cynthia, faltaba más. Imaginas un reportaje en la televisión: tu padre y tú caminando en el parque, riendo entre empujones viriles y cariñosos, la vista de la cámara se aleja y una voz comunica a los televidentes: *Los Rossi, Néstor, el padre, Gabriel, el único hijo. Un excelente par. Comparten todo, desde los goles y multicampeonatos de los Malteses de Pachuca hasta las mujeres. Los Rossi, padre e hijo de verdad unidos, una relación inmejorable...*

—Me dijo tu papá que necesitabas una chica...

Te hace saltar su primera sílaba. No lo esperabas, y bajas el volumen de la televisión.

—Sí.

—Veamos, qué cosas tienes por aquí... Ella va directo al armario, apenas te mira. De espaldas su silueta es perfecta. Notas un pequeño tatuaje del lado derecho de su espalda, casi el hombro. Su camisa está floja y se observan los hombros, según el lado que elijan. Está descalza y sus pies son perfectos, menudos, redondos los dedos, pequeños y rojizos de las puntas. Las uñas pintadas en violeta.

—Esta ropa está muy mal puesta, ¿te dieron más ganchos? Éste estaba por desplomarse... No pongas todo en uno solo...

—Creo que no hay más.

—Y se supone que este hotel es de lujo... Ni los ganchos alcanzan.

Te acercas para ayudar. No sabes qué hacer cuando ella se levanta en las puntas de su pies y se estira y miras el resorte de la pantaleta por encima del pantalón corto que usa como pijama. Te acercas más, no puedes evitarlo, respiras con prisa, te acercas para auxiliarla, estás a milímetros, y adviertes su olor.

—No te apures. Yo termino de hacerlo...

No puedes quedarte ahí parado, sin hacer nada, tampoco puedes ponerte detrás de Cyntia a mirar sus perfectas nalgas, ni el cordón perfecto del calzoncillo rosa, ni sus perfectas piernas-

suaves-humectadas. No puedes, pero lo haces, vas hacia la cama. La dejas frente a ti: perfecta. Te tiras bocarriba.

—Mejor cuéntame, cómo te sientes con nosotros.

Ella voltea a verte, estás indefenso ante sus formidables senos. Trae una camiseta blanca, le queda algo grande, está sin brasier y los pezones se marcan preciosos en la tela. Se le puede ver la forma exacta de las tetas. La miras a los ojos un segundo y luego sigues en lo tuyo, en silencio sus pechos saltarines, casi sientes que se vienen hacia ti cuando Cynthia se agacha, que caminan y de un impulso se suben a tu cama.

—Me siento bien, muy bien, gracias.

—Qué bueno que te gustó el futbol, creí que te aburriría, eres tan sofisticado...

¿Qué significa eso? ¿Qué quiere decirte? ¿Sofisticado? Quizá notó el cuadernillo en la cómoda, con el lapicero arriba, como cualquier escritor de palíndromos, todo un profesional.

—Me gustó.

—Bien, entonces te llevaré al próximo juego con unos amigos, allá abajo. Ya no en el palco, verás que nos divertimos. En la tribuna se goza el doble.

¿Gozar? ¿Qué sabes tú de gozar si nunca has tenido esos perfectos senos, ni las nalgas redondas de Cynthia ni por un segundo en tus celulas? ¿Qué sabes de gozar, Gabriel? Nada, no sabes nada. Deberías preguntarle a tu padre. Deberías. En lugar de que te regale las revistas-mujeres-desnudas-debajo-de-la-almohada.

—Listo. Ya quedaron mejor... ¿Quieres algo más?

Esa pregunta y su expresión sonriente habitará tus sueños varias noches. Lo que hoy no te dejará dormir es cómo se acercó a ti para darte un beso, un beso a ti, a Gabriel, no a Néstor. Un beso en la mejilla.

—Bien, buenas noches. No te duermas muy tarde... o sí, como prefieras...

Se fue y te dejó un beso cerca de una plasta rojiza de grasa, pero no te importa ahora eso, Cynthia no es un dermatólogo. Te besó y dejó su perfume en la habitación, o eso quieres creer.

Ella se fue y tú vas hacia la puerta, cierras con llave. Reclusión, encierro. Recuerdas cómo sus senos aplastaron tus costillas, en un instante, milésima de tiempo. Se hace inevitable, llevas las manos en medio de tus piernas y también tiras al piso las revistas que te obsequió tu papá. No las necesitas, tuviste a Cynthia viva, frente a ti, y se inclinó para darte un beso, un besito, no hay más. Te aprietas, estalla, se descarga, disparando cierras los ojos y las ves fugazmente... Sonríe...

8

Estaba angustiado. El licenciado Sánchez le había regalado un automóvil. Eso lo tenía atormentado. En lugar de presumirlo o salir con Cynthia y Gabriel a pasear, ir por un helado a la plaza, subir a la montaña a comer un paste, habló con ellos, antes de irse a entrenar, sobre los compromisos que el coche implicaba y la fragilidad de las carrocerías y de cómo los accidentes estaban tan fuera del alcance de la precaución, y los policías en cada semáforo, y la habilidad necesaria del conductor y de lo horrible que sería tener que manejar todos los días.

—Tengo una camioneta nueva, que casi no uso, y ahora este viejo me regala un coche, así, de la nada, sin avisar. ¿Qué te parece esa chingadera?

A Néstor Rossi le gustaba hablar mal del dueño del equipo, licenciado Sánchez, por eso se molestó que de pronto lo consintiera.

—Le tengo un regalo...

Néstor Rossi creyó que se trataba de un disco compacto, a lo sumo un perro. Pero le obsequió un auto.

—Es seminuevo, aunque muy bueno, apenas del año pasado. ¡Por la excelente temporada del equipo! ¡Se lo tiene bien merecido!

Él veía el auto como una deuda con Sánchez, y en general con el mundo. Lo veía como un gesto que debía corresponder y agradecer.

—Voy a tener que llevarlo a las prácticas, para que Sánchez lo vea, y lo voy a tener que lavar yo mismo, en la cara de Sánchez, en eso me ayudarás tú Gabriel, y de vez en cuando saldremos, nada más para que no se oxide.

Ese día Néstor Rossi se fue en su coche nuevo, con el ceño fruncido, y extrañó la música norteña de los taxistas.

9

¿Por qué te estás bañando solo? ¿Por qué no me llamas? Deberías salir y gritar: *Vení vos, vení, vamos a romperla ahora mismo*. Y me llevas. En realidad me dejo ir, llego desnuda hasta el agua, hasta la alberca, el río, el mar, y la rompemos, como tú dices. Deberíamos ir al mar, en vacaciones, por unos días. Aunque no puedes soltar al equipo, ya lo sé, deberíamos llevarnos a Gabriel, le hace tanta falta, se ve tan afligido por lo de su madre. ¿Qué tan grave está? ¿Crees que muera? Ojalá que no, pobrecito Gabriel. ¿Y cómo es su mamá? ¿Te gustaba mucho, es linda? ¿Por qué nunca se casaron? ¿Por qué nunca te has casado? ¿Tienes otros hijos? Espero que sea cierto que Gabriel es el único, "una metida de pata", dijiste.

Eres un hombre extraño, Néstor Rossi. Me gusta cuando dicen tu nombre en la televisión, o cuando lo leo en periódicos; me siento como si tú fueras una estrella de la tele, como si estuviera con alguien inalcanzable para muchas mujeres, alguien famoso, imposible. Por eso me gusta cuando te piden autógrafos. Si te piden una firma entonces también me la piden a mí, somos el uno para el otro, somos los dos juntos, somos Cynthia y Néstor ¿O prefieres que te diga Rossi? ¿Cómo prefieres? ¿Cynthia y Rossi?

En fin, lo que no sé es por qué te bañas tan temprano, por qué tan temprano todo, apenas son las siete. Creo que la gente de futbol hace todo tan temprano porque no puede salir en la noche.

No salen de noche, no pueden, y menos antes de un juego. Yo quiero salir un día de estos; salir contigo, en la noche, aunque sea un ratito, a bailar, a beber algo, caminar de madrugada.

No vas a querer. Pero vas a querer que baje contigo al restaurante. Nos haces bajar al desayuno, con todo el equipo. A veces me dan ganas de salir así, con la ropa para dormir, y qué me importa que no me vean arreglada. Y qué me importa que me vean las nalgas, y las piernas, y sin sostén, que me vean las tetas, como Gabriel, si vieras cómo me mira las tetas, creo que nunca ha tenido una mujer de verdad, pobrecito y con la madre enferma. Tú deberías tratarlo mejor, a fin de cuentas es tu hijo. Parecen dos extraños, hasta hablan diferente, tú argentino, él mexicano. Tú fuerte y el debilucho, parecen tan distintos, pero ya verás que después de estos días todo sale mejor entre ustedes, ya verás, voy a ser una linda madrastra.

Me gusta porque se parece a ti, tiene algo tuyo esa forma de verme las tetas, cuando nos conocimos, así me las veías. ¿Ya no te acuerdas? Si no fuera tan chico y yo no te quisiera tanto me calentaría con él, que tiene lo suyo, algo apenas. Pero Gabriel no es el único al que le gusta verme las tetas, también algunos de tus jugadores, los más jóvenes. Si hoy bajara así a desayunar, a medio vestir, varios de tus muchachos no podrían terminar de alimentarse, otros disimularían no verme, pero lo comentarían todo el tiempo en el vestuario. ¿Ya notaste cómo me mira el número 10, Bernardo? ¿Y el portero suplente, cómo se llama? Bueno, no importa, ya lo notaste verdad; sólo me ven, no seas duro con ellos, no los vayas a tratar mal. No pasa nada, en el fondo me gusta que me vean, se siente bien, que te sigan con los ojos, que te quieran encontrar algo, algo ahí; es normal. Pero son tus jugadores, vamos, no seas celoso.

Te lo digo porque no lo eres. Deberías serlo. Aunque sea un poco, un poco celoso. Porque parece que no te importa. Parece que no te importa que me vean las tetas, ni las piernas, ni las nalgas ni el cuello; no te molestas cuando uso ropa corta, y hasta me dejas salir así, no dices nada.

Supongo que está bien. Contigo todo está bien; tu hijo, el equipo, el automóvil que te acaba de regalar Sánchez, la fama, la gente que te quiere, que yo te quiera. ¿Y por qué tienes esa cara

entonces? Parece que te gusta sufrir, no disfrutas lo bueno. ¿Por qué te pusiste así cuando Sánchez te obsequió el coche?

Yo en tu lugar estaría feliz, estaría bañándome conmigo, ¿o contigo?, no importa, yo no estaría refunfuñado como si fuera a perder mi empleo. Eres un tipo afortunado y parece que eso te fastidia, qué cosas, cómo entenderte.

A mí me molesta que te bañes solo. Casi nunca lo haces, ¿por qué? ¿No te gustaría ver cómo corre el jabón entre mis senos? ¿No te gustaría chuparme los pezones? ¿Ponerme contra la pared? Mi espalda en el azulejo. Dame, Néstor, dame dame dame dame; y yo te doy todo lo que quieras, la cintura, las piernas, te doy todo, desde la punta de los pies hasta el último cabello, todo. Mira, te enjabonaría los vellos del pecho, te cerraría los ojos y luego mis manos caminarían hasta encontrarte bien erecto y entonces...

—¿Ya estás lista? Hay que bajar a desayunar... Háblale por favor al pibe...

10

—Creo que el juego de mañana será muy bueno...

—Sí, hay que amanecer...

—Oye, ya sé que no puedes salir hoy, pero yo quiero ir a cenar y tal vez bailar, pasarla bien un rato, en la noche, qué opinas...

—No puedo, ya lo sabés, nenita. Son las reglas del club.

—Nunca puedes. ¿Y puedo ir yo? Voy con una amiga. Lola, un día te la presenté, tal vez te acuerdas...

—Creo que sí.

—¿Y?

—Sí, está bien, que no sea muy lejos.

—No, a unas cuadras de aquí, es un lugar que cierra temprano, ni siquiera un bar, el "Kayak". Sólo un ratito, para salir del hotel...

—De acuerdo. Está bien, yo tengo que dormir.

—Sí; no voy a llegar muy tarde.

—Está bueno. Y por qué no te llevás a Gabriel, sirve que le presentás a tu amiga. Creo que le hace falta un poco de acción...

—Sí, está bien, por mí está bien...

—¿Crees que lo dejen entrar?

—Ah, con unos billetes convences a cualquiera.

—De acuerdo. Lo que necesités tomalo de mi billetera. A ver si pesca algo el chico...

—Tú lo tienes muy motivado con las revistas que le das.

—¿Y cómo sabés vos?

—Ah, intuición femenina.

—Bueno, bueno, diviértanse y me lo cuidás, no muy tarde ¿eh?

No te invitó a salir. Te pidió que la acompañaras. Tal vez la obligó tu papá, muy probablemente. En fin, ya estás aquí, no hay otra oportunidad para ser algo más que un montón de grasa en la pared de una piel pálida, metida en un pálido cuarto de hotel. Estás adentro. Te preguntas si eres el más joven del lugar.

Llegaste. Antes debieron darle al tipo de la entrada dos billetes de cien pesos, y así los llevó a una mesa arrinconada, cerca del baño. Te advirtió que si llegaba el inspector tendrían que avisarte para que te escondieras en un escusado. No te importa, aunque Cynthia y su amiga se ríen. La amiga de Cynthia te parece vulgar: su voz, y sobre todo sus senos al aire, apenas cubiertos los pezones, no son los hermosos-perfectos-redondos-pechos-de-pecas-pequeñas de la novia de tu

papá, no, éstos son demasiado blancos y flojos; además el pantalón, con una abertura en la nalga, te parece un exceso.

En cambio Cynthia, aunque hace frío, lleva una falda más o menos corta: sus piernas celestiales. Usa un chaleco que deja ver sus brazos preciosos, del hombro hasta las uñas. No hay mácula en ella, la observas mientras baila a unos pasos de la mesa milimétrica. Te sofoca el humo del cigarro. Bebes refresco de fresa sin gas; ellas, cerveza. Se van al baño, riendo. Miras alrededor, te sientes en medio de luces feéricas y cambiantes que se tragan todo, los efectos, los ritmos, los movimientos de parroquianos de aquí para allá. Y sin embargo no se mueven, estatuas en el segundo que las luces les acarician el rostro, el cuerpo, las manos alzadas.

La música, mejor dicho el ruido que sale de las bocinas te parece estrepitoso, un chillido que ensordece, un sonido de metales rompiéndose ante una alharaca incomprensible de resonancias artificiales: el canto de un pájaro, un trueno, un cristal destrozándose, un automóvil frenando. Mezcla virulenta, absurda mixtura; como si todos los instrumentos musicales del mundo se golpearan inmisericordes y, al hacerlo, produjeran la horrísona música que te sacude las orejas.

—Es música electrónica, ¿te gusta?

Respondes con un grito:

—No mucho.

—¿Quieres bailar?

—No sé, no... no sé.

Respondes todo a gritos, pero tu voz es inútil. Cynthia te jala del brazo hacia el tumulto. Te empuja hacia las luces sádicas en púrpura, ya verdes, ya azules, ya amarillas, ya plateadas, ya oscuras, otra vez púrpuras. Luces que rebotan y se rompen, y se mueren y que nacen entre los muertos, resucitan y te pegan en los anteojos que Cynthia te quita; te los guarda en la bolsa de la camisa mientras descubres tus brazos asombrosos, extendiéndose arrítmicos, de un lado a otro, tus torpes movimientos de cintura y tu cabeza pesada como de plomo en milímetros fugaces de

inclinación. Eres más lerdo que un títere, tus pasos son de piedra, eres piedra y en piedra te convertirás. No alcanzas ni el nivel de simio cuando te mueves, pero no eres el único, salvo un par de cinturas sagaces; la coreografía es estúpidamente de piedra, y te sientes entonces un bailarín de piedra, curtido. Aunque esto no sea bailar, aunque no sea nada más que estirar monótono tu cuerpo de trapo-piedra-títere, Cynthia sonríe al ver tu esfuerzo entre la luz azul.

El humo te obliga a toser. Escenografía de humo, música de humo, luces de humo. Vuelves a tu asiento, agotado, Cynthia y su amiga al baño, otra vez.

Anuncian al siguiente agitador: *con ustedes Dj Anilina.* La multitud enloquece, habría sido lo mismo que gritaran un trabalenguas. La multitud se trastorna con cualquier enunciado. Cynthia vuelve, directo a la pista, acude y aparta, atrapa y educa con sus bailoteos. La miran. Y frente a ti su amiga, bebiendo, sin mucho que verle.

—¿Fumas?

—¿Cómo? –respondes con un grito. Ella se da cuenta de que es mejor el lenguaje representativo y extiende en su mano un cigarro. Te das cuenta, estás frente a él, no es tabaco; se trata de hierba. Ya en la escuela te han advertido de esos peligros: es marihuana, droga, narcótico, riesgo, pecado, osadía...

—¿Quieres o no?

—No puedo. Gracias.

La moral, claro. Mal harías en fumar, en drogarte. Y mal hiciste también en rechazar tu oportunidad de ser mayor, de verte al nivel de Cynthia y de su amiga, de fumar la prohibida hierba. Te arrepientes, te ha ganado tu propia mojigatería, te sientes mal y lo mereces. Pierdes, perdiste, perderás. Cynthia y su amiga van y vienen al baño, fuman y regresan a sorber su cerveza. Así transcurre la noche, sin mucho más que decir excepto el dolor de cabeza y tu oído a punto de saltar en pedazos ¿Será que la bocina a tu lado te jugó una mala broma?

Es la quinta vez que te sustituyen el vasito con refresco sin gas. La ruta natural del aburrimiento es quedarse sentado, mientras que los demás se hacen las ilusiones de bailar. Sometamos o matemos la noche, te dices, ya dispuesto a volver a la pista. Pero Cynthia te apura: ya es tarde, es hora de irse.

Camino en la calle con ella, la madrugada es fría pero nuestra. Su amiga, Lola, se quedó en el lugar, se besaba con el *dj Anilina* cuando decidieron partir. Nosotros nos movemos hacia el hotel. Cynthia se ríe en la nada y me abraza, pasa su mano sobre mi hombro. Siento cómo la sangre sube hasta mis orejas frías, pero mantengo la calma, no sucede nada. Es la novia de papá, recuerdo.

No hay más que matar al tiempo con palabras. Ella habla de su padre, un ingeniero mecánico, buen hombre según Cynthia. Hace mucho que no lo visita, su madre vive lejos, con su segundo esposo; en fin, mientras me abraza, no puedo dejar de ver sus senos, disimuladamente me asomo a su escote y entonces imagino a su padre. Lo compadezco, la primera vez que vio a Cynthia en una toalla de baño, allá en los quince o dieciséis años. Luego el perturbado señor, nimbado por su lujuria, entró al baño y vio los calzoncillos de su hija colgados en la llave de la regadera. ¿Qué habrá hecho? ¿La imaginó desnuda? ¿Se masturbó? Debe ser de la misma edad que mi padre, pero con menos suerte.

En una esquina un hombre disfrazado de mujer o viceversa, falda corta con lentejuelas, el cabello teñido en un tono azulado y la boca exageradamente pintada en rojo. Nos ve venir y deja su postura de hastío para tirar un beso al viento. Curioso que el viento esté tan cerca de nosotros.

—A ti no, bonita... Déjame pasear a tu hermanito, no seas mala...

Me molestó sobre todo que le dijera a Cynthia que yo era “su hermanito”. Y más que ella pareció divertirse con la observación. ¿Habría sucedido lo mismo si yo hubiera aceptado la marihuana? ¿Por qué no puedo pasar por su novio? ¿Es porque no tomé el cigarrillo?

—Entonces qué, ¿quieres que ten den un paseo?

Me dijo unos metros después, casi a punto de una carcajada. Hice evidente mi fastidio y aparté sus brazos. Ella tomó una postura seria y no dijimos palabra alguna hasta llegar al hotel.

Le dije algo como buenas noches y me apresuré hacia el ascensor. La lentitud del ascensor provocó que ella me alcanzara y subiéramos juntos. Al pasar por el segundo piso me pellizcó el pantalón. En la zona trasera. Había llamado mi atención de la forma más comprometida posible. Me volví y ella se acercó aún más.

—No quería molestarte, Gabrielito, era sólo una broma.

Lo dijo mientras me quitaba de la frente el cabello mal peinado.

No sé qué sonido logré articular antes de que ella, sí, ella, Cynthia-la-novia-de-papá, pusiera su boca en mi cuerpo, otra vez, pero esta vez tan cerca de mi boca que casi pude sentir las comisuras de sus labios en los míos, casi sentí su saliva derramándose apenas en mi piel. Mis ojos cafés-común-y-corriente y los suyos enormes, color miel. Y su respiración y la mía.

Me tiene aterrado y lo nota, no sé qué hacer y lo nota, trago velozmente saliva y lo nota, contengo la respiración y lo nota. Sabe lo que provoca en mí y suelta su lengua hacia mi labio, el superior, ahí lleva su lengua carmín y limpia, inmaculada-lengua-de-Cynthia. Es un instante, una caricia, es la punta perfecta de su lengua en mis labios cerrados. Y se abre la caja de metal. Se recorren sus dos puertas en el piso séptimo.

Silencio lúgubre. Tengo la sensación, al caminar con ella en el pasillo, de que algo terrible ha ocurrido o está por venir, pero no siento ninguna culpa por eso, ¿o sí? Antes de que abra la puerta de su recámara (la habitación de papá, no lo olvido), me dice en voz baja:

—Mañana, ya verás, te voy a llevar a la mejor zona del estadio, ahora sí te vas a divertir... Buenas noches.

11

El estadio es un gigantesco estudio de televisión. Se juega para la cámara, que ofrece el partido en *cientos y miles de hogares que reciben nuestra exclusiva transmisión en vivo y en directo*, alta definición, detalles, tomas privilegiadas, tecnología de punta.

Cámara lo sabe y se siente orgullosa, ella manda. Encuentra velozmente el rostro de Néstor Rossi. De pie, como si se tratara de una jaula, el área técnica es poco espacio para la bestia-director-técnico. Su equipo es visitante y el partido está muy cerrado, como la toma que hace Cámara, que se va afianzando hacia los gestos, ademanes y gritos del director técnico argentino. Se le notan algunas canas y es evidente que la frente se le va descubriendo, se consuma remisamente la amenaza-calvicie. Rostro adusto, las manos revoloteando, instruyendo. Luego el grito.

—¡Jala la marca, pendejo, hijo de puta Alonso!, Usa la marca, no te quedes atrás, con tu hombre, síguelo, no lo dejes. No te quedes... Marcando... Salgan tocando, carajo, tocando, por los costados, ¡puta madre! ¡No lo sueltes, es tu marca! Tu marca...

Cámara se deja llevar hacia el número diecisiete del local, los Bandidos de Salamanca. El estadio municipal luce una entrada del cincuenta por ciento. Cámara registra el hábil movimiento del número trece local, que roba la pelota, desborda por la línea en un cuarto de cancha, con el balón sometido, totalmente a sus pies. Un cambio de velocidad y deja atrás al rival, levanta la cabeza para dar el pase pero se resbala y Cámara parece divertirse con la rabieta del entrenador local que ve cómo su jugador deja escapar una oportunidad de gol a pocos metros del área rival.

En cambio, después de la recuperación del balón por parte de Alonso, defensa central del grupo visitante, el diestro cambio de juego del número dos en azul y blanco apresura a Cámara a seguirlos, tres atacantes se desplazan hacia la portería rival, uno en cada sector, derecha, izquierda, centro. En las tribunas se escuchan los cánticos de apoyo, *Yo sí le voy, le voy al Pachuca,* y un tambor sacudiendo las gargantas del equipo que mantiene el balón con su número catorce, un jugador con el cabello pintado de amarillo que llega hasta línea de fondo y saca un zapatazo que se eleva por encima del área, casi hasta llegar a la media luna pintada en blanco, donde encuentra el

pie izquierdo del número siete, el brasileño, Sebastiao Braima, quien deja el empeine levantado para que el balón en perfecto disparo al ángulo superior derecho se acune en las redes y Cámara se vaya con el jugador moreno del Pachuca, en un festejo de manos al cielo levantadas y alaridos hacia su hinchada.

Goooooooooooool, gol, gol, gol; magnifica anotación de los Malteses del Pachuca. Grítelo, cántelo, disfrútelo. El mejor equipo del campeonato en perfecta jugada por derecha, remate imposible, inmejorable, de Braima, que quiere y puede, y deja el balón en las redes contrarias a pesar del vuelo del arquero rival, que nada puede hacer ante tremendo zapatazo. La tomó así después de una perfecta jugada de contragolpe por derecha, un centro al área con efecto y el brasileño la empuja a las redes para abrir el marcador...

Pachuca un gol, Bandidos de Salamanca cero.

Cámara inscribe las decenas de rostros que saltan en una esquina del estadio, se escuchan los alaridos y el tambor insiste. En azul y blanco la toma, Cámara observa cómo sobrevuelan papelitos en azul y blanco y algunos se trepan a la reja, otros la sacuden como presidiarios, con sus playeras en azul y blanco. Y los jugadores que ocupan la banca regresan después del festejo, luciendo sus ropas en azul y blanco.

Logré ver gol. Qué golazo, no lo vi, lo sentí, lo canté. La Barra es una cosa loca, es una fiesta de brincos y cánticos, desde que llegamos no han parado de corear. *Pachuca, queremos la copa, la banda está loca y yo, quiero verte campeón.* El líder está al frente, le dicen *el güero*, levanta los brazos e indica qué cosa hay que entonar. A mí ya se me quedan algunas cancioncitas, *en un barrio de Pachuca hay una barra loca y descontrolada, es la barra Ultramaltés, la que tiene aguante y no le teme a nada...* Algo así suena y suena bien. Después del gol se hizo la locura, se escucharon explosiones, la gente gritó como si se ganaran la lotería y algunos se fueron a colgar a las rejas y ahí siguen, ante la mirada amenazante de policías. Lo mejor fue que Cynthia me abrazó, me estrujó

después de que el número siete de los nuestros hiciera el gol, me abrazó de veras, no cualquier cosa, yo diría que me comprimió. Ella y yo, su carne y la mía.

No he querido decir nada después de lo de anoche. Ni ella. Todavía está el vértice de su lengua en un pequeño trozo de mi carne, todavía la siento momentánea en mi labio. Ella actúa como si nada hubiera ocurrido. No ha querido justificarse: "Gabriel: estaba borracha y además había fumado hierba". Tampoco ha querido dejarlo en el pasado: "Gabriel: de esto no se hablará nada a nadie, jamás, hagamos que no sucedió". Evidentemente no ha buscado mi satisfacción: "Gabriel: ¿Te gustó lo de ayer?, es sólo una prueba, ya verás lo que viene". Nada, ni cierra ni abre la puerta, la deja en la nada, suspendida en la nada.

El juego se ha convertido en uno de los más disputados del presente torneo, no deja ninguno de los equipos de marcar de tres cuartos de cancha para atrás, un esquema bien planificado por parte de los estrategas.

En cuanto un rival recibe la pelota llegan dos para hacer la marca. Así es como el partido ha caído en una disputa por el medio campo y el control del esférico. Lo cual mantiene la pizarra con la mínima diferencia para el equipo visitante, los Malteses de Pachuca, que después de un gol de Sebastiao Braima...

Dice Cynthia que el equipo ha dado mejores partidos, pero el marcador sigue uno por cero y con eso basta para ganar. Lo cual enfurece a los seguidores del equipo local, los Bandidos de Salamanca, que se acercan cada vez más a nuestro pequeño grupo de intrusos. Nos rodean. *¡Vayan a chingar a su madre pachucos! De nuestro pinche estadio no salen vivos, hijos de su puta madre. Pinche equipo chaquetero, aprendan lo bueno. ¡No debieron venir a Salamanca, aquí les vamos a enseñar a mear sangre!*

Quiero salir corriendo, quiero sacarme la playera azul y blanco, negar tres veces al Pachuca. Quiero decirles, yo no, a mí ni me gusta el futbol. Si Salamanca es un lugar bien bonito. Ustedes me disculpan, pero yo prefiero ser un bandido que un maltés. Estoy asustado, pero no hago nada, nadie

de los nuestros hace nada, todos siguen cantando y levantan las manos, y corean, y el tambor que no deja de palpitar. *Pachuca, queremos la copa, la banda está loca y yo, quiero verte campeón, que Pachuca es campeón, vamos Pachuca, queremos la copa, la banda está loca y yo, quiero verte campeón. ¡Malteses: uno, dos, tres: campeón!*

Todos escuchamos las amenazas, que continúan a medida que avanza el tiempo de juego. Se acercan a nuestra barra. No miran el juego, nos miran a nosotros y nos increpan. Llueven bolsas con líquidos y envases desechables.

—¿Qué es?

—¿Qué se te ocurre que es?

—Cerveza o qué...

Adivino por el olor en mi ropa que se trata de orines-de-Salamanca. Nos declaran la guerra con orines. ¿Y nosotros qué tenemos? ¿Cánticos? ¿Un tambor? Se aproximan, los veo corriendo en las gradas vacías, la turba bajaba brutal. Llegan más, se acercan. ¿Nosotros cuántos somos? ¿Acaso doscientos, o trescientos? No más. ¿Contra cuántos bandidos, mil, mil quinientos, o más?

Los tres o cuatro policías que protegen a los "visitantes" ríen y dejan que sus paisanos arrojen botellas y nos griten, y quemen una bandera azul y blanco. Somos menos, me siento expuesto a una guerra: nosotros combatiendo con flores, ellos con fusiles. Tengo miedo. Pero no dejo de cantar, con ellos, con Cynthia. Y parece que al ignorarlos se enfurecen más. Y más cantamos, ya toda mi garganta, *Pachuca que esta tarde tenemos que ganar, vamos Pachuca...*

Yo me comporto como querría Cynthia. Ni siquiera le digo que me asusta ver cómo los seguidores locales rompen la tela de alambre que nos divide, cómo se acercan. Sus ojos, sus gritos, sus caras en cólera.

—Tú sigue cantando, no te fijes.

Y yo obedezco. Alcanzo a esquivar una bolsa de plástico con mierda que explota unas gradas abajo, en los pies de alguien. Y mi garganta sigue. *¡Cómo no te voy a querer, si mi corazón Maltés! ¡Yo soy de Pachuca campeón otra vez!*

—No los veas, no los oigas. Concéntrate sólo en el juego, mira nada más el balón...

Y yo obedezco a Cynthia, que me ha traído al averno del futbol, al bajo mundo, el sótano, lo subterráneo. Aquí se juega de otro modo, esta es otra batalla, aquí no hay árbitro. Me gustaría ver a los jugadores del equipo soportando esta clase de amenazas, cantando en estadio ajeno, así, con esta ropa condenatoria.

—Tú déjalos que griten. Concéntrate en el balón y en los cánticos de la barra. Y verás cómo se te hace la voz oval.

—Sí. Ya veo. Un momento ¿La voz oval? Una frase que empieza y acaba con "L"; veamos, y antes y después una "a". Es sólo suerte, qué sigue: "v" en ambas. Está muy cerca, pero todavía no nace el palíndromo, faltan letras, "o-z-o". ¡Perfecto! Cynthia es perfecta, incluso tiene la habilidad de descubrir palíndromos.

Voy veloz hacia mi libreta. Apenas la sostengo y escribo el hallazgo. Estoy en eso cuando el silencio nuestro y los silbidos de júbilo de los otros indican que algo ha sucedido. Bajamos las manos. Y ellos gritan y se revuelcan y agitan la tela de alambre que ya tiene un boquete considerable. Hasta los policías locales levantan sus macanas en señal de triunfo.

Penal a favor del equipo Bandidos de Salamanca. Para cobrar el espigado centrodelantero Noé Morales. Faltan apenas unos minutos para llegar al tiempo cumplido. Tratará de atajar el experimentado portero ecuatoriano Luis Enrique Monasterio.

Nuestra voz apenas es un murmullo. El *Güero* nos incita a seguir cantando. *¡Alienten, huevones, no pasa nada. Vamos, vamos!.* Tenemos enfrente al tirador rival y nuestro arquero se santigua antes de ir *hacia los tres palos.* Debemos ganar el juego, y ganarlo en la cara de los Bandidos, aunque pensándolo bien el empate es justo, y ya nada de violencia, nada de *cuando*

termine el juego y no se la van a acabar. ¡Les vamos a romper la madre! ¡Van a llegar en ataúd a sus casas! Que el gol sea suyo entonces, que lo festejen y hasta nos damos la mano, como buenos adversarios. Es una de estas extrañas ocasiones en que quiero que ambas cosas sucedan, por un lado evitar la paliza y por el otro ver a los Bandidos de Salamanca derrotados por el equipo de mi padre y gritarles en la cara su falla. Gritarles, reírme, ver su rabia.

Monasterio contra Morales, Morales contra Monasterio. Malteses contra Bandidos, Salamanca contra Pachuca. Viene el disparo a la parte inferior derecha del marco... Lo atajó Monasterio, en el último minuto de juego manda el balón fuera de sus redes, pega en la base del poste derecho y abandona la cancha por línea de fondo. Parece que Pachuca se lleva agónicamente los tres puntos del estadio Gabriel Figueroa de la ciudad de Salamanca.

Lo más fácil habría sido correr. Huir y dejar a Cynthia con esos truhanes. Habría sido lo más fácil. Tampoco podía pedirle que me defendiera, ni explicarles inútilmente que soy el hijo del entrenador, que el futbol es así, se gana y se pierde, es sólo un tonto juego...

Adrenalina. El silbatazo final. Las botellas vuelan, los gritos, los policías ausentes. Ella tomó el palo de una bandera y le pegó a algunos bruscos que se acercaron. Mientras un bigotudo me fijaba una patada en las costillas, alcancé a ver a Cynthia correr hacia los pasillos exteriores del estadio. Un imbécil le palmeó las nalgas y otro le gritó *no te vayas mamacita* y se arrojó sobre ella, sin éxito.

Sentí cómo un madero se introducía en mi pierna, una, dos, tres veces. Después de otros golpes menores el *Güero* me levantó y salimos corriendo hacia los baños, con una decena más de malteses.

—Ganamos cabrón –me dijo jadeando.

Una hora después, cuando la inútil policía nos indicó que todo estaba bajo control, encontré a Cynthia deambulando. Ella estaba feliz y se sentía emocionada, yo percibía una extraña molestia

en mi rodilla derecha, tenía moretones en todo el cuerpo, mis anteojos quebrados rebosaban en la fila 17 de la gradería y mi ropa apestaba a excrecencias.

12

Que el equipo rival fallara un tiro penal en los últimos minutos avivó su desconfianza. Todo parecía caminar en excesiva armonía. Los Malteses del Pachuca ganaban de visitantes y su racha continuaba inmejorable. Cynthia no hacía preguntas sobre sus retrasos o abandonos, ni siquiera le reprochó que la dejara con Gabriel durante casi todo el fin de semana. No había cuestionamientos, ni discusiones, tampoco con Cristina, a quien visitaba animado por la curiosidad de hallar, otra vez, el triángulo amoroso, esa cualidad desobediente lo hacía sentir vivo, y en cierto modo tranquilo. Cristina tampoco habló de cómo su relación era un laberinto sin salida, ni de lo mucho que le preocupaba ser descubierta, ni del miedo a contraer una enfermedad sexual.

El punto de inflexión llegó cuando tuvo con Cristina una charla acerca de Cynthia, una civilizada palabrería con su amante acerca de su novia detonó la escama ante el mundo. Desconfiaba. ¿Qué se creía Dios para tenerlo en su lista de bienaventurados? ¿Qué tramaba el mundo en su contra?

Esa noche, para disipar sus dudas, Néstor Rossi no llegó a dormir al hotel de concentración, de la práctica se desvió y nadie pudo explicar dónde se había metido el director técnico.

Lunes lluvioso en el motel Marte. Se llevó el automóvil nuevo que le regaló Sánchez, con Cristina de copiloto pidió desde su ventanilla una habitación con espejos y los más canales para adultos, cama de agua y que alguien tocara a la puerta a las siete de la mañana en punto.

Apagó el teléfono móvil y fornicó con Cristina como si fueran dos adolescentes. Al final, cuando la dejó en su departamento, se despidieron sonrientes y le molestó no tener el mínimo sentimiento de culpa. Ya entrada la mañana, pensó que su actitud era paranoica y se fue a cumplir

su trabajo de entrenador, dispuesto a soportar antes una reprimenda que no sólo se merecía, además lo haría sentir mejor. Todo bajo control, pensó.

Lo curioso fue que Cynthia lo recibió con un gran beso y los buenos días, no dijo nada al respecto, y Sánchez no le pidió explicaciones. Por el contrario:

—¡Qué bueno que le gustó su coche! Ya vi que lo está usando, se lo tiene bien merecido...

La gota que derramó el vaso fue Gabriel: un abrazo efusivo. No lo había estrujado así desde los seis o siete años de edad. Después se enteró que había estado cantando en las gradas, disfrutando del futbol, lo cual creyó aún más excepcional. Entonces pasó de la confusión a las certezas: Cristina y Cynthia estaban confabuladas, se conocían, de algún modo estaban planeando joderlo, sin reproches, hasta que no aguantara más el peso de la culpa y después le hacían una escena o lo desenmascaraban ante uno de esos periódicos sensacionalistas. Se le ocurrió también que Sánchez lo quería correr del puesto de director técnico, de ahí lo del automóvil, un regalo de consuelo, ya estaba el equipo a punto, traerían a otro entrenador, uno más capaz, con mayor palmarés, "para salir campeones". De Gabriel sólo podía pensar dos cosas: o es puto o tiene la edad mental de un niño de seis o siente años; se decidió por lo primero.

—Creo que Cynthia y Cristina están conspirando en mi contra. Tienen un plan para joderme, sólo están esperando el momento.

—¡No seas amargo! Ni seas tan clavado, carajo, seguro te lo estás imaginando nada más, como siempre.

—No es normal, las dos se comportan de un modo muy extraño. Algo pasa...

—¿Te sientes mal por ser un tipo triunfador? Qué extraño...

—Ajá. Además, la mujer de un triunfador siempre termina engañándolo. El mérito es doble. Ya sabes... Me voy a adelantar a sus movimientos.

La conversación con su auxiliar técnico lo hacía sentir, además de enfermo, solo; tuvo la impresión de ser vigilado por miles de cámaras de televisión, se imaginó una familia entera detrás de

su aparato viendo las reacciones del ingenuo Néstor Rossi ante el desbarajuste, las situaciones extrañamente magnánimas.

—Te digo que me quieren joder, voy a tener que hacer algo.

—Ah, ya no mames...

—Ellas quieren perder, o por lo menos hacerlo ver así.

—¿Y eso qué?

—Todas las derrotas son vergonzosas. Para el que gana.

13

Estoy desnudo. Te acaricias las piernas, el abdomen, llegas a tu reciente vello y lo manipulas. Gabriel nota que está desnudo a mitad de una cancha vacía. Justo en el círculo del centro del campo. Es de noche, veo las luces del estadio prendidas, inmensos focos, reflectores para gigantes. Sientes la piel del pasto y el olor a tierra, y buscas algún ruido, un grito, algo. Nada. Sigo sentado mirando la perfecta afonía de la cancha. Me miro, esquelético, enjuto, pálido de piel. Recoges tus piernas, te cubres. Pero no veo a nadie, estoy solo.

Gabriel se levanta y camina en la verde alfombra natural del campo de juego. Mi padre me dijo alguna vez que el futbol sustituyó a la guerra, a los combates medievales. Es una necesidad natural, los hombres tenemos que luchar, que guerrear con pasión, con entrega. ¿Lo entendés? Y lo dijo porque un locutor de la televisión lo había repetido antes. No importa, lo que importa es que estás en el campo de batalla. La guerra por el absurdo gol, beligerancia por una inflada masa de cuero, contienda por unos centímetros de redonda incompetencia. Nada, ser silencio y nada.

Desde luego, falta algo. Ahí está, la veo. La pelota, tenía que aparecer, era natural. Gabriel ve caer una pelota de futbol, un balón justo frente a sí, del cielo, de la nada. La desdeñas, es inferior a ti, es inferior a un palíndromo, es inferior a todo lo que conoces. Los que juegan futbol son

imbéciles, y a los que les gusta les digo bravucones, cabezas de aire. No piensan, no saben. Es para las bestias este juego, para las bestias que no piensan, nada tienen mejor que salir en pantaloncitos a pegar patadas. Mediocridad y ocio y nada. Nada más que bárbaros peleándose por los colores de una camisa. Pendejos y bárbaros ociosos.

Y la pelota, ya harta de rebotar, de pegarse contra el verde se queda quieta frente a Gabriel Rossi. Que la mira en silencio. Es cosa de brutos este juego. Mi papá es un bruto. Tú lo sabes, lo conoces, dicen que era un buen jugador, otros dicen que sólo era un tipo con carácter, nada excepcional. Jugaba en la defensa central, tú lo conoces, lo has visto, ahora es el director técnico de los Malteses de Pachuca. Exacto, él. Le hablas a la pelota, dejas que escuche tu arenga. Ya no te importa que vea tu desnudo cuerpo, te mueves con libertad. ¿Qué es eso de tratar mal a Cynthia? ¿De dejarla sola todo el día? ¿Qué eres papá un bruto? Creo que ya habíamos dicho que sí, eres un bruto-futbolero-papá. Ayer te estuvo esperando. Después de la cena, a la que no llegaste, uno de tus jugadores se acercó para decirle que te habías retrasado en una entrevista para la televisión, que no se preocupara. Yo sabía que era falso porque busqué en todos los canales y no te vi. No había nada. Luego salí a tomar un poco de aire a los pasillos y Cynthia subía en el ascensor. Sola. Había estado llorado, tenía los ojos y los párpados y la punta de la nariz enrojecidos. Se limpiaba las mucosidades con una servilleta. Ofreces tu pañuelo, ella lo rechaza.

No quería que la vieras así, fue inevitable. Apenas te dijo buenas noches y se fue. En silencio todo, tú, el estadio, la pelota, las luces, el pasto-verde-recién-rasurado. Las porterías y sus redes perezosas al fondo, las líneas en blanco, la publicidad a los costados. Aquí juegan los brutos, este es el templo de los lerdos, yo no soy un bruto, ni un lerdo, no, pelotita, nada de eso, yo soy palindrógrafo, por ahora me ocupo de esto, y tú qué, qué haces, recibir golpes, es todo, malos tratos, insultos. Llevamos vidas diferentes, no te compadezco, rodeada de bribones, analfabetas, cabezas de aire.

Le das la espalda. Apoyas tus brazos en la cintura. Gabriel mira el estadio, lo contempla tranquilo, con parsimonia, en silencio. Un viento tenue en tu espalda. De pronto se vuelve hacia la pelota. Corre violentamente unos metros, desnudo, sin más que sus anteojos, corre hacia la pelota. La mueves con los pies, como si fueras el lateral Rodríguez, el volante Caballero, el delantero Silvani. La pelota es tuya, la manipulan tus dedos, tu empeine, tus rodillas cuando la pones ahí y la dominas, la llevas al pecho. Le haces uno, dos, tres regates al aire. Le rompo la cintura a cualquiera. La pelota en el piso, avanza delante, insolente, limpia, corres tras ella, la sometes a tu veloz movimiento de bailarín, eres su amo, eres su dueño, la subyugas a tu soberbia de pies, bailarín, genio, Diego Maradona, Rey Pelé, Puskas, Zidane, Garrincha, eres todos ellos, ellos todos son tú. Te quitas la marca de nadie, y aunque ninguno te quiere cometer una zancadilla tú sigues con la pelota delante, para ti, para Gabriel Rossi, y engañas al invisible con una astuta finta, lo dejas en el piso.

Está el atacante en el área enemiga. Observa en un segundo los tres palos. Apoya la pierna zurda en el piso, la derecha al aire, el brazo haciendo impulso, su mirada en la bola, el impecable impacto. La pelota viaja con certeza de bala hacia un rincón de la red, cruza la línea de gol, el portero aparente no puede llegar a la perfecta línea que dibuja el disparo desde las comisuras del área.

Goool, gooool, gol, hice el gol. Gabriel se va corriendo hacia afuera de la cancha. Levantas las manos como si agradecieras a la multitud enardecida, frenética por el espectáculo, corres solo en la cancha verde, las luces rebotan en su piel, corres con el mundo a tus pies, te vienes gritando, sigues exclamando al cielo, brincas el muro de anuncios; las cámaras de televisión lo siguen obedientes. Te vas corriendo furioso hacia el graderío. Hice el gol, un gol perfecto, jugada individual, piensas, desde el centro del campo hasta el área enemiga. Ya corres saludando a los aficionados incorpóreos que corean la anotación. Y corriendo miras al único espectador en la cancha. Gabriel observa a Cynthia, mientras sigue incontrolable su festejo de campeón, Cynthia levanta las manos,

también enloquecida, también campeona, también desnuda, también frenética, poseídos ambos por el gol, por el balón: ese enano desnudo y perverso. La ves venir hacia la reja de alambre, las luces del estadio la hacen ver más bella.

Me incorporo, casi jadeando. Estoy despierto. Otra vez húmedo. Enciendo la luz y me miro. La mancha en el pantalón de dormir, la pijama mullida de blanquecina agua, de ser nada.

Qué breve todo. Qué inútil. Fue extraño, pero tuvo algo de bueno. Ojalá pudiera volver a dormir. Apoyo la cabeza en la almohada. Aunque no es correcto, tengo que limpiar, no quiero ensuciar las sábanas. La camarera puede darse cuenta.

Dejas el pantalón en el lavabo con agua caliente, antes le friccionas un poco de jabón y regresas a tu cama.

14

Estaba convencido. Néstor Rossi era víctima de un engaño. Cristina y Cynthia, Cynthia y Cristina. Lo torturaban, lo tenían pendiendo de un hilo.

Esa misma noche se había visto con Cristina. Ella le dijo que estaba muy cómoda con él y sonrío de una manera que Néstor adivinó como falsa. Al llegar al hotel no hubo reproches de Cynthia, aunque tenía aliento a anís y era evidente que había transpirado de más, sus calcetas estaban por el revés. Cynthia ignoró sus conjeturas y se apresuró a desnudarse ante la precipitación de Rossi.

Él se hizo un animal, un grosero y feroz animal en Cynthia. Se subió en ella en una especie de ataque sexual; se mostraba ansioso, casi homicida. Y no logró nada, no pudo, después de casi una hora, no consiguió eyacular, ni pudo venirse, tampoco pudo dormir a pesar de que Cynthia lo abrazó en silencio, de un modo compasivo.

Antes, cuando comparó las sonrisas de ambas, la serenidad con que lo trataban le pareció un dato contundente. Tanta condescendencia lo hizo temer. Había detrás de esa actitud un plan, una estrategia para ponerlo en evidencia, para burlarse de él. Pensó que el fin estaba cerca. Tengo que ser más rápido, se dijo.

Se sentía rodeado, demasiados brazos, apartó a Cynthia para irse a pensar al baño como el almirante que en medio de una batalla, despierta a la tripulación en la madrugada para cambiar los planes de ataque, seguro de estar ante una emboscada enemiga.

Un rato después de mirar la nada desde el retrete del baño, vino a Néstor Rossi la iluminación: debía reunirlas. Debía ponerlas frente a frente y descubrirlas. Desenmascararlas antes de que hicieran algo estúpido. Sería su victoria. Aunque perdiera a una de ellas, estaría por encima del escarnio, de la derrota, y esa sombra, esa justicia imperiosa, se colocaría por encima de una mocosa de veinte años y de una abogada divorciada, casi cuarentona. Por encima de sus propias consecuencias.

Comenzó a idear la forma de retener a alguna, no tenía preferencia. Aunque intuyó que Cristina sabría entenderlo mejor, la veteranía en los juegos del cuerpo, a fin de cuentas era su amante, no tenía qué perder. Sin embargo la gracia casi adolescente de Cynthia, su ingenuidad, era otro punto, podría perdonarlo fácilmente: bastaría una buena explicación, una mentira, una disculpa, un regalo. Se sintió decepcionado de no poder decidir y lo dejó al azar; si es el caso, tiraré un volado, pensó y jaló la palanca del escusado.

15

¿Qué haces conmigo, Néstor Rossi? Me tratas a veces como si fuera invisible, o como si fuera la niñera de Gabriel, o como si sólo necesitaras de mí el cuerpo, o como si fuera tu hija, a veces como si no fuera nada.

¿Por qué? ¿Qué tienes? ¿Por qué no me hablas? ¿Así son todos los argentinos o sólo tú? Nunca me dices nada, ni qué sientes, qué quieres, por qué no disfrutas el juego, ni lo nuestro, ni lo que somos ¿Qué somos? ¿Quién eres?

Te enojas si te dan un coche, te enojas si gana el equipo, si Gabriel te abraza.

Y mira cómo lo descuidas, lo dejas tan afuera, tan apartado, tan como de otro lugar. ¿Y por qué me dices que si lo veo raro? ¿Qué te imaginas? ¿Qué es marica? No, él no. No te salió maricón, te lo aseguro. Lo he visto verme, lo he visto cómo se pone nervioso conmigo, seguro ha de tener una noviecita, ya verás. Si tiene lo suyo, aunque está muy chico y todavía asustadizo, pero algo tiene. Si lo hubieras visto en el estadio de los Bandidos pensarías otra cosa, se fajó en serio y recibió unos cuantos golpes, nada de cuidado. Se quiso sentir el muy grandecito, el muy hombre, y le costó unos garrotazos. Que vea cómo son las cosas, que sienta de veras...

En fin. Es cierto que se hace el anormal bueno, te diré que con esa ropa es difícil verse de otro modo. Y mira, cómo le gusta sentirse “el escritor de diccionarios”. ¿Cómo me dijo él? Pa-lin-dro-grá-fo...

No sabía que el oficio existiera. ¿Qué tal que te sale genio? ¿Te imaginas: el Premio Nobel de literatura para Gabriel Rossi? Pero no te importa. Qué te va a importar tu hijo. Por cierto, ¿qué es lo que de verdad te importa? Ya está claro que yo no, a veces creo que ni el futbol te importa, ni Gabriel, ni nada. ¿Entonces qué?

Pero te repito que Gabriel no, no es joto, le gusta lo mismo que a ti. Que tú a su edad habías hecho de todo, sí, seguro que te acostabas con medio país. Pero tú eres Néstor Rossi, tú tienes todo para acostarte con quien sea. Qué lástima decirlo, pero es cierto. ¿Te acuestas con alguien más? ¿Con cuántas? ¿Por eso llegas tan tarde y sin decir nada? Ni siquiera te preocupas en poner un pretexto.

¿Y por qué la prisa para ir al restaurante de comida uruguaya? ¿Qué se te ocurrió? ¿Reconquistarme? Bueno, como sea, ya me estoy poniendo elegante, verás que con este vestido

salgo linda, se me nota todo. Pero eso te gusta, ¿no? Sí, eso te gusta, que me vean, que me apetezcan, eso te gusta, eso hago, yo hago lo que tú dices.

16

La maniobra se proyectaba en la cabeza de Néstor Rossi con absoluta claridad. Llamó por teléfono a Cynthia, le indicó el lugar del encuentro. Notó en su voz una extrañeza que le confirió mayor seguridad al propósito. En el auto que le obsequió Sánchez pasó por Cristina a su oficina. Una sorpresa, les dijo a ambas.

Saberse un paso adelante del enemigo lo hacía sentirse vencedor, de algún modo campeón de sí mismo. Cuando platicó el plan con su auxiliar técnico, por la mañana, en la práctica, tuvo esa emoción excepcional de ganar el juego desde la estrategia. Sorprender al rival con tres delanteros, un solo medio de contención, sin carrileros, con línea de cuatro atrás, marca personal, juego ofensivo, de primera intención. Se imaginaba los rostros de ambas, sucumbiendo, estupefactas.

No le importó que su auxiliar técnico le dijera lo estúpido que parecía el plan, ni mucho menos le interesó dejar al equipo temprano, apenas con el tiempo justo para cambiarse la ropa deportiva por algo casual.

Cynthia tomó un taxi hacia el lugar indicado. La instrucción fue clara: “sólo los dos”. Lo cual significaba que Gabriel no debía ir. Cynthia preguntó si para la ocasión merecía vestirse elegante.

—Como querás. No te demores –respondió Néstor Rossi, y colgó.

Ya en el auto, no paraba de sudar. Nerviosas manos, inquietas, la vista en los retrovisores, su lentes oscuros y los monosílabos suficientes con Cristina. Sí, ajá, va, bien, no, claro, mmh, es, este.

—¿A qué se debe tanto misterio? –preguntó Cristina.

—Nada.

Semáforo en rojo. Estremecía el sol de la tarde las láminas, la minúscula avenida, el nudo del tráfico, las palmeras engañosas del camellón. Manos al volante, manos al retrovisor, al espejo lateral, manos que limpian el sudor de las manos en el pantalón. Manos que van a la cabeza, y la consigna: no es venganza, se trata de una defensa propia, es todo, resguardo, ley de la conservación, instinto.

Valet parking. Escasos comensales. Néstor y Cristina reciben una mesa. Lejos del sol pide el director técnico. Apenas toman el menú Néstor Rossi sale del lugar.

—Olvidé una cosa en el auto. Ya vengo. Llamada telefónica a Cynthia. Aparato celular en mano, afuera del local, en la banqueta del *Nacional-Peñarol-Restaurante*.

—¿Dónde andás?

—Atascada en el tráfico. Ya casi tomamos la avenida.

—Bien.

Cuelga. Manos nerviosas, quijada apretada, el sol en la frente. Los comedidos empleados del valet parking ofreciendo su ayuda.

—¿Se le ofrece algo señor?

Néstor Rossi ni siquiera los mira. Mueve milimétrica la cabeza para indicar que no. Otro empleado se acerca.

—Jefe, ¿le lavamos el coche?

Ya ni siquiera se esfuerza en responder. Ninguna seña. Los ignora al tiempo que enciende un cigarro. Se tuerce, se aprieta, se lleva las manos a los bolsillos, las deja libres.

Han pasado diez minutos o más, sale Cristina a buscar a Rossi y lo ve fumando en la avenida.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no entras?

—No, no, estaba haciendo una llamada, es todo. No termina de pronunciar la última sílaba cuando se estaciona el taxi en que viajaba Cynthia. Entonces sonríe, por fin, dueño de la situación.

La observa, hermosa bajando del auto, el cabello recogido, el pronunciado escote, la tela perfecta en Cynthia, que la constriñe, bosqueja sus líneas, una mujer apenas, recién salida de la adolescencia.

Cristina se acerca aún más a Rossi. Cynthia camina hacia él. Las tiene juntas, por primera vez. Toma aire. Sonríe.

—¿Qué esperas?

Cynthia a unos pasos. Dice hola a la distancia y apura el paso. Ya muy cerca, ya las dos casi frente a frente. Un beso a la mejilla de Néstor, que apenas se mueve.

—¿Quién es?

—Por favor. ¿Son sinvergüenzas o qué?

Caras de desconcierto. El brazo de Cristina busca la mano de Rossi. Él recarga los suyos en la cintura. Se miran. Los tres impávidos, esperando que alguien o algo suceda, silencio incómodo de segundos y las miradas atentas.

—¿Quién es? –pregunta Cynthia, ya con el ceño fruncido y la desconfianza en la escena.

—Por favor, no se hagan las lindas. Además de todo, malas actrices. El plan se esfumó, ni modo, señoritas...

Silencio. Miradas en caos. Diálogos inverosímiles para las dos. Una en la otra. Vistazos que rebotan en los rostros, como si nada vieran.

—¿Tú eres Cynthia?

—Sí, y tú...

—¡Eres un pinche enfermo! Hijo de puta... Vete a la mierda, Rossi...

—Por favor. Ya no hay nada que esconder. Nada. Perdieron...

Instantáneo golpe en el abdomen, por parte de Cristina. Cynthia todavía impasible. La mirada aprensiva de Néstor Rossi detrás de los lentes oscuros.

—Tu eres la novia y yo la puta... Ya me lo imaginaba...

—¿Quién carajos es ella?

Pregunta Cynthia con la quijada apretada. El griterío inicial acerca las miradas ajenas.

—Pero si ustedes ya lo saben, ¿no?.

Inmediato llanto de Cristina. No hay negación, ninguna respuesta, ninguna réplica. Cynthia casi se resbala, demuestra impericia en los tacones. Llanto de ambas. Rossi desconcertado.

—¡Por favor!

—¡No puede ser! ¿Por qué? ¡Maldito! ¡Esto es el colmo! ¡Idiota!

El dialogo puede corresponder a las dos. Cristina abraza a uno de los empleados del valet parking, en pleno llanto. Cynthia se sienta en la banqueta, buscando aire para respirar. Ya todos los empleados y un par de meseros afuera. Todas las miradas en Rossi. Escucha que uno de ellos dice pendejo al aire. Y el director técnico de los Malteses busca con la mirada al bribón.

Respiración aguda. Las mujeres incontrolables. Cynthia corre como puede en la avenida. Néstor Rossi se acerca a los empleados vestidos de azul marino y falsa corbata, maldiciendo para sí.

—Mi coche. ¡Quiero mi coche! Carajo.

Cristina, que descansa en los brazos de un empleado, es conducida amablemente dentro del restaurante.

—¡A ver, pídele un té a la señora! –dice uno de ellos.

Otro se apresura a traer el vehículo de Néstor Rossi, que se frota la cabeza con la mano derecha. Sudor, desazón. Su plan se desvanece. El automóvil encendido frente a él, el tipo no se atreve a pedirle propina. Los ojos de los trabajadores dicen claramente: pen-de-jo. Uno de ellos se ríe, burlonamente.

—¡Váyanse a la chingada, hijos de su puta madre! –alcanza a decirles Néstor Rossi. Después manos al volante. Prontitud en pies y manos. Acelera. Cree que puede encontrar a Cynthia corriendo en la cercanía. Da vuelta en la primera calle, disminuye la velocidad. La busca, la quiere encontrar con los ojos. Baja el vidrio como si éste le impidiera hallarla. Semáforo en amarillo. Se

detiene, tratando de verla. Sigue, da otra vez vuelta, regresa al camellón, la busca. De nuevo a la calle del restaurante. Al pasar, ni siquiera lo voltea a ver. Nada. Gente, niños con uniforme escolar, un calvo pasea a su perro, otra señora vende lácteos en un carrito. Nadie.

Así la buscó durante casi dos horas hasta que llegó a su cabeza la idea de que bien pudo tomar un taxi. No necesitaba correr por toda la colonia. Había fracasado. No hacía falta recriminarse lo estúpido de su acción. Se encaminó al hotel, antes se detuvo a comprar cigarros.

17

Cambio los canales, los veo, los salto, los escucho, los salto, los paso de largo, los ignoro, los dejo sin sonido, les muevo el color, aumento el brillo. Nada. No tengo sueño pero cierro los ojos, diciéndole a mi cuerpo que quiero dormir. Qué aburrido vivir en un hotel. Tal vez baje a la alberca. No, me molesta ser el único ahí, y sentirme vigilado.

Cierro los ojos. Subo los pies a la cama. Un ruido en la puerta, no es nada. ¿O sí? Letargo. Ganas de dormir y no poder. ¿Qué cosa era ese ruido? Ni siquiera tocaron. Me asomo. Alcanzo a ver un papel apenas abajo, yaciendo en la alfombra. ¿Una nota? Quizá la camarera se confundió. Voy hacia ella, quién podría escribirme. No debe ser para mí. La despliego.

Bye.

18

—¿Sabés dónde está Cynthia? ¿La viste?

—No. Me dijo que comiera solo y...

—¿La viste o no?

—Me dejó un papel, una nota, hace un ratito. Debajo de la puert...

—¿Y qué mierda dice la nota?

19

Se fue. Te dejó, los dejó. Dice tu papá que debes pasar tus cosas a su habitación. Ya no estarás solo. Con él, con el director técnico de los Malteses de Pachuca. Empaquetas tu ropa en la maletita, objetos de aseo, unos zapatos y la nota de ella. *Bye*, y su firma de niña. Lo que eres, lo que serás, sin ella. Cynthia lejos. Cynthia sin ti. Cynthia fuera de tus ilusiones. No eres nada y en nada te convertiste. No sabes por qué, pero se fue. Lo intuyes, un lío con tu padre. Él.

No estaba enojado. Lo notaste tranquilo, no triste, no violento, no apenado, lo viste a la Néstor Rossi: confuso. ¿Qué decir de él? No habla mucho contigo, no tiene por qué. Las llaves de su automóvil jugando en sus dedos.

Era medianoche y Néstor Rossi seguía al volante. Ya no buscaba a Cynthia, ni se preocupaba en mirar a las mujeres que caminaban en la acera. Encendió la radio y se puso los lentes oscuros, como si fuera de medio día o un judicial.

Pegaba con las manos en el volante, llevando el ritmo de la música. *Dream of Californication, dream of Californication.* Las guitarras y la música cantada en inglés, que apenas comprendía, lo hacían sentirse un adolescente buscando una noche de estridencias. Inevitablemente pensó en Gabriel y se propuso regresar al hotel. A unas cuadras del reloj de la ciudad, después de que una prostituta se acercara a pedirle la hora y Néstor Rossi le regalara todas la monedas que traía en la bolsa del pantalón, después de mirar desde fuera el edificio del hotel donde vivía desde hacía casi seis meses, aceleró y tomó la carretera hacia el bosque.

I'm remeber all. Remeber all the time, chillaba la radio, Rossi repetía las últimas sílabas como si conociera las canciones. El acelerador a fondo. Las luces del alumbrado público saltando en

su nuca. La autopista semivacía. Rebasa tenazmente un autobús de pasajeros, luego un camión con madera. Cambia de carril y vuelve. Aprieta los dientes, entra al túnel. La oscuridad de segundos lo hace gritar la letra de la canción que no se sabe.

Se escurre el auto en las líneas de la carretera. El pavimento recibe veloz los neumáticos, avanza en la más alta velocidad permitida por el motor. *Where did you sleep last night,* truena en los altavoces. Siente que esa música es que la debió escuchar desde siempre y se arrepiente de no haber subido a la sexoservidora de las monedas. Duda en tomar el retorno, dormir con ella en un hotel cualquiera.

Sigue, escala la montaña en alta velocidad.

Respira hondo mientras la música furiosa sigue buscando contraerse en las bocinas. Disminuye el sonido, la canción se apaga, Néstor Rossi escucha su motor y luego se da cuenta de que lo acompaña un locutor. *Esto fue Where did you sleep last night, ojalá que les haya gustado la rola en esta noche fría, esta noche estrambótica, les recomiendo abrigarse o tomarse un chocolate bien caliente. A ver, a quién tenemos en la línea telefónica... Bueno, bueno.* Nada despreciaba más Néstor Rossi que las expresiones de un locutor de radio. Su odio era añejo. Le parecía uno de los oficios más fastidiosos del mundo. Si sólo dejaran una máquina revolviendo las canciones, pensó cuando se inclinaba para cambiar la estación o bajar el volumen, los diminutos botones, su impericia. Una curva, un momento apenas. Jala el volante hacia el lado contrario. Abre los ojos enormes, pisa el freno. El hule de las llantas gruñe. Rompe el suave muro de contención. El sonido de alambres descuartizándose. La sensación de dar vueltas, de girar, cambiar de sentido. Levedad. Las luces alumbrando la nada. El frágil metal rompiéndose, cayendo sobre sí, los cristales. La espalda o las piernas o el cuello. Las manos tocando la piel del volante, irremediables lo sueltan; un crujido.

20

El ataúd resplandece, de algún modo, la luz del sol que se filtra y las decenas de lamparitas que cuelgan. Y oirás orar a Rosario tu prima que sube al púlpito. Te das cuenta de que algunas de tus consanguíneas argentinas son guapísimas, deberías tener mayor contacto con esa rama familiar, tan desatendida.

Un bosque de figuras de granito, ángeles, santos, piadosas presencias. Cuadros de misericordiosos hombres, mirando el limbo, mujeres, monjes, guerreros de los cielos. Vive ahí una creación de seres imaginarios y reales, que se mezclan y confunden con las tinieblas. Monumento en el que los siglos han derramado apologías. En su seno vive el santo horror contra las pasiones de la tierra. Te lamentas de no creer, de no poder creer en Dios, ni en los suyos, así sería más fácil sucumbir ante la belleza del templo, que en realidad te produce temor... Aunque yo soy ateo, poeta yo soy de palíndromos, te dices, y te dejas llevar por el olor del incienso.

Miras este mundo de piedra, una cúpula alta y el baldaquín del oficiante debajo del retablo, un mantel morado cubre la mesa. Los pequeños cavernáculos se resguardan en oro y pedrería, y brillan; los pasillos de alfombra roja, las flores amontonadas en los costados, dos velas gigantes, largas, de cada lado. Flota en el aire una fragancia celestial. Adivinas detrás del retablo una bóveda colosal y magnífica.

El suelo del santuario lo forman anchas y oscuras fosas sepulcrales. La reina de los cielos parece sonreírte en medio de tantos ornamentos. Su figura termina por infundirte desconfianza, cierras los ojos para no verla.

Los órganos y las campanas estremecen el templo, se canta una oración final, se alaba, se glorifica, se ruega, se pide por el alma, se compadece a los deudos, se pasa el cestito para las monedas. Celebras la fiesta religiosa de la muerte.

Las colosales puertas del templo han rechinado para dejar salir el cortejo fúnebre hacia el cementerio. El lugar estaba repleto de personas, pero en silencio todas, como si el sonido hiciera revivir el cadáver, sólo la voz del sacerdote valía. Se acercan a darte el pésame. Compasión, piedad, condolencia. Tías, parentela, amigos del difunto, colaboradores, sus jugadores te palmean la espalda, otros aprietan tibiamente tu mano. Todos esperan que estés derrumbado, aunque te sientes más tranquilo que los demás. Te recriminas por experimentar el mínimo dolor ante la perdida.

Ana, tu prima hermana, rubia, ojos grises, entre sollozos te aprieta en sus brazos, no la conocías. Te sorprende concentrarte en sentir, a través de su camisa oscura, sus duros senos, sus-perfectos-pechos-redondos.

Cámara abre la toma, como un radar ubica a los deudos caminando detrás del féretro cubierto de flores con una manta en color azul y blanco, con el escudo de los Malteses por la mitad. La gente que espera afuera arroja pétalos y papelitos en azul y blanco. Cámara en *zoom* hacia los rostros de los espectadores, lamentos, sollozos, suspiros entre mucosas. La luz del templo ofrece pocas alternativas a Cámara, quien apunta brevemente los acabados del santuario, y después resignado se deja ir. OFF.

Derechos reservados del texto a nombre de Enrique Olmos.

©Los derechos de esta obra se encuentran registrados ante la Sociedad General de Autores Españoles (número de socio 110068), a quien se debe solicitar autorización para su montaje, puesta en escena, lectura pública, edición y/o traducción; además del autor quien puede fungir como intermediario a través del correo: info@enriqueolmos.com

LA OMISIÓN A ESTA CLÁUSULA CONSTITUYE UN DELITO